

EL QUIJOTE Y NUESTRO TIEMPO



Ramiro Ledesma Ramos

Biblioteca literaria "Tomás Borrás"

El Quijote y nuestro tiempo

Ramiro Ledesma

Entre corchetes y en negrita, incorporamos los textos que se suprimieron en la primera edición. En el manuscrito original, estás líneas, figura tachado con lápiz, lo que nos hace pensar que pudiera haber sido el propio autor del libro, quien lo tachara. (Vasallo de Mumbert, Madrid, 1971)

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN.....	3
COSAS PRELIMINARES.....	5
ALGO DE METODOLOGÍA.....	13
SOBRE EL GRAN LIBRO.....	14
I. LA LOCURA DE DON QUIJOTE.....	18
II. DIÁLOGO.....	21
III. LA DICHA DE DON QUIJOTE.....	24
IV. DIÁLOGO.....	27
V. DON QUIJOTE Y UN CANÓNIGO.....	30
VI. LOS ENEMIGOS DE DON QUIJOTE.....	32
VII. SANSÓN CARRASCO.....	35
VIII. LA CUEVA DE MONTESINOS.....	38
IX. DIÁLOGO.....	40
X. LA COMPARSA DE LA DUQUERÍA.....	42
XI. REIVINDICACIÓN DE CERVANTES.....	45
XII. DON QUIJOTE, VENCIDO.....	48
XIII. LA BONDAD DE DON QUIJOTE.....	51
XIV. ÚLTIMO DIÁLOGO.....	54
COSAS LIMINARES.....	58

Prólogo a la primera edición

Tomás Borrás

El prologuista no es un anticipador del libro. Por lo que no se trata ahora de repetir, antes que el autor, lo que el autor dice. Me contento con el papel, modestísimo, de paje de cortina.

Antes de presentar la trascortina, que ofrece una panorámica del pensamiento, he de exigir del lector que a lo largo del recorrido de EL QUIJOTE Y NUESTRO TIEMPO, tenga presente que el autor es un muchacho de menos de diecinueve años. Así calará en las calidades excelsas del muchacho, al apreciar la cantidad de talento, prematuramente madurado, con que Ramiro Ledesma Ramos, el superdotado, apareció en la vida.

Se trata en este libro, en sus últimas semínimas, de cual sea el ambiente en que ha de trabajar la juventud (la juventud de su tiempo) y cómo se descompone nuestro enigma en dos términos trascendentales: un ente llamado «vida», que envuelve a la juventud, y su íntima pareja, inseparable, llamada «inteligencia». La cultura ha evitado cuidadosamente entrar en el campo de lo irracional (de la vida espontánea, biológica, natural), pues su ambición es superadora de lo instintivo. Ahora —es el 1924— nos hallamos con que el «pienso, luego existo» cartesiano ha fracasado. Porque es imperativo el otro elemento integrador del compuesto, es inevitable, incoercible y forma parte de la sustancia existensiva. ¿Qué hacer? Ramiro da la solución.

Como Ramiro no pretende jamás tratar sino con jóvenes, a la juventud la habla de la necesidad urgente que tiene de conocerse a sí misma. Y de dar de lado al cosmos establecido por lo intelectual, lanzándose a «vivir», o sea a domesticar y superar la «vida». El simple hecho de «estar aquí» ya es grandioso y lleva a la inmortalidad, último fin del hombre. Para lograr esa meta, hay que cultivarse y lograr «el alma individualista» de cada uno, pues la cultura, digan lo que digan los pedantes, no es sino «ansia de otra cosa», y «fuera de nosotros, nada existe».

Filosofar así a los diecinueve años es signo y promesa de un futuro eminente. Juega Ramiro con el Quijote —juego de mente pletórica— y saca de él esquirlas, escolios novísimos, personalísimos, manipulando las paradojas con habilidad de dialéctico consumado. Así envuelve la almendra de su teorizar, deduciendo. Desea arrasar cosas decrepitas o mohosas, caducadas y estériles. Mira un horizonte, un porvenir radiante transido de sol de verdad. Es, pues, un revolucionario. Por eso se dirige a quienes aún no han aceptado la situación que hallaron al nacer y pretende infundir en ellos el revulsivo que creará la convivencia y la felicidad sobre otras bases.

Luego, cuando construya en 1931 su propia savia, el sistema político que gana la batalla al marxismo, desechándole por falso e inútil, empleará los mismos argumentos: crear la «otra cosa» con la que sueña el joven, en todas las épocas, inconforme y lanzado, y empezar el nuevo camino, liberada el «alma individualista», encarnada ya en un hombre superador. (A la vuelta de la esquina, Nietzsche espera).

Es, pues, Ramiro, un anticipado a su época. El joven de 1972 es el que describe en 1924.

Tal es el meollo de este deshojamiento del Quijote para hallar su médula oculta. Pues Cervantes es tan esotérico, que cada cual tiene su Quijote, la interpretación propia de su sobrenaturalidad. Y todas son aceptables y ciertas. La de Ramiro se refiere a la disociación que halla entre Don Quijote y Alonso Quijano, el Bueno. Su análisis, que hace zigzags sobre el texto, lo remonta y lo presenta a vista, no a vista de Autor, sino de Creador, el que tiene los secretos de las criaturas, y el sentido de lo que preside Él.

El Quijote y nuestro tiempo - Ramiro Ledesma

Libro un tanto religioso, por lo tanto. Libro para pesar cada línea. Rival del de su reverenciado Unamuno. Libro de infinitos senderos, como el mar. Que representa una originalidad incontaminada, pura.

Ramiro Ledesma Ramos, con sus claves icarias del Quijote lanzadas al aire matemáticamente, delicioso espectáculo: el del muchacho que nació maestro, y alecciona en verdes años, con conceptos nunca antes usados. Lo cual corona la vida ajustada a su juicio de la «vida» que, melancólicamente, llora en este párrafo: «Me parece que la novísima generación intelectual aspira a situarse en el plano de las grandes perspectivas. Desde ese plano —paradojalmente picudo— el espíritu de don Quijote aparecerá limpio de sombras. Si vivo dentro de cincuenta años, escribiré otro libro sobre don Quijote.» No le dejó el racionalismo, contra el cual se alzaba a los diecinueve años, y como no podía refutarle, le asesinó.

De este librito podría sacarse una aforística. Tan ceñido, conciso y recortado está el concepto. También, dentro de su extrañeza en los años de su aparición, sólo explica con alusiones; prefiere que el lector —¡y que sea un joven!— desarrolle por sí mismo el germen que te ofrece. Ramiro, podría decirse exagerando un poco, más que contestar, pregunta. Reta, en suma: «¡Gloria a Cervantes! Sí, pero a la vez es necesario meditar una contestación. Será una gran generación la que logre contestar plenamente, aunando los bellos gritos, las interrogaciones del Gran Libro.» Hay que contestar a Cervantes, hay que Requijotar, ¿o Desquijotar?, jóvenes amigos. ¡A ello!...

Otra cosa que, para mí, tiene mucho interés: Ramiro anula la infundada censura de Byron. El cual dijo que Cervantes había desalentado a los españoles, a los hombres todos, al advertirles a qué desastre se encaminan al defender la Verdad. ¡Con qué radiante novedad enseña a Byron y a los que le siguieron, cuál es la esencial finalidad de don Quijote, y cómo sus actos son conformes a triunfo, en sus resultados! Parece anunciar en lontananza el quijotismo de la Cruzada, que demostró, en hechos, el antibyronismo en tesis. Actitud española, doblemente, la de Ramiro.

Los paralelajes de esta obra, en su fondo alegre, radical giro de los jóvenes hacia otras metas, merecen, uno a uno, glosa y ampliación. Habría que escribir los paralelos con Ramiro. No seré yo el que lo intente. No soy sino un prologuista, paje anunciador de la señoría, y, además, no he de repetir lo que en mi biografía de Ramiro intenté, al colocar la obra en su puesto, dentro del itinerario fatal de este hombre modélico.

Obra, y punto final, no obra clímax; tampoco intento y tanteo. En ella está casi todo Ledesma Ramos, el que nació de la cabeza de un Júpiter dotado de todas las armas.

[Este prólogo (págs. 7-11), obra de Tomás Borrás, antecede al ensayo de Ledesma Ramos "El Quijote y nuestro tiempo", que apareció publicado por vez primera en 1971 (esto es, casi medio siglo después de haber sido redactado por un jovencísimo

Ledesma, que contaba con diecinueve años de edad), de la mano del editor Vassallo de Mumbert, de Madrid]

COSAS PRELIMINARES

Escribió Clarín: «En los escritores nuevos se va notando cada vez más lo poco que en su espíritu influye el mejor libro que tenemos, el mejor que en su género tiene el mundo». Se refiere al Quijote. Yo no sé qué efecto surtirían en la juventud de aquel tiempo estas palabras. Sí sé decir que la juventud de hoy, por lo menos parte de ella, las recibe con una sonrisa un tanto piadosa. El prócer satírico quiere que los libros —el mejor libro— indiquen o señalen rumbos determinados a los espíritus jóvenes. Error propio del siglo XIX y de todos los siglos, menos del XX, esto es, del siglo en que ahora bulle una juventud. Esto quiere decir que, escribiendo yo un libro sobre el Quijote, proclamando a los cuatro vientos el valor inmenso del Quijote, creyendo con toda sinceridad que es el libro más grande del universo, el Quijote no ha influido, no influye, no influirá lo más mínimo en mi espíritu.

¡Influir! A este vocablo sonoro y vacuo le declarará guerra a muerte la nueva sensibilidad. Porque los que nos asomamos ahora al espectáculo de la cultura viva sorprendemos no más que hormigueros numerosos, compuestos de individualidades *influidas*, que corren y corren, ávidas, al imperativo de un címbalo quimérico que no conocen, que no han oído nunca, y no precisamente por carecer de facultad escrutadora, no, sino porque ese címbalo cuyos tintineos obedecen, es quimérico, no existe.

Quizá en los últimos años se haya dado remate a un gran número de inteligencias, hayan adquirido plenitud muchas máquinas creadoras del pensamiento. Y estoy seguro de que todas, absolutamente todas, han sucumbido como anhelos verticales, y se han sumado a un hormiguero, al más predilecto y afín, pero hormiguero al cabo. Y es que no se trata de incendiar rebeldías vanas, no. En todas las épocas y en todos los tiempos han existido «inteligencias rebeldes», y no en pequeño número. La rebeldía forma también *su* hormiguero. Es preciso huir de ella. La nueva sensibilidad —y tan nueva que no se habrá manifestado aún— no será rebelde, mucho menos conservadora. El vocablo que pueda dar expresión, nombre, a sus tendencias no existe todavía.

Y un escritor —yo— que tiene confianza en poder gustar esa *sensibilidad* nueva, en gozar sus primicias virginales quizá, ha leído el Quijote con mucho amor, con mucho cerebro —el amor cerebral, que es fijeza, que es comprensión y creación y nervio potente, sí existe en esto—, y ha visto infinitas cosas que conocerá el lector a lo largo de este libro.

Son reflexiones, escolios mejor, que se han desprendido de mí al choque fecundo con alas ingentes de genialidad. No es crítica, es *visión*. Y quizá más que visión, porque el contacto produjo *creación*. Si alguien cree, es capaz de creer, que estas palabras son algo así como un sacrilegio literario, o más bien, un atrevimiento vanidoso se equivoca. Y no seré yo quien invierta tiempo en convencerlo de lo contrario.

Y tampoco, eso nunca, tomar el Quijote como un motivo. Aún le queda a la juventud de hoy la perspicacia suficiente para saber respetar lo único que quizá mira con orgullo en el pasado. Porque es esa misma perspicacia —latir preciso y flechazo recto— la que le induce a ver en el tiempo algo más que una mostranza de agonías. Desde Lucrecio hasta las lamentaciones que prodigan algunos escritores en torno al sentido de *vida*, todo es uno y lo mismo.

El tiempo es una categoría que se une a todas las creaciones. Y al crear, es necesario tener conciencia de esa categoría. El hecho perdurable es el que logra una bocanada de eternidad. Y la eternidad es la máxima categoría del tiempo, porvenir siempre cercano, como una paralela que consigue mantener las distancias, avanzando a medida que el soplo del presente se desvanece etéreo. Porque el presente es muerte, luz de un segundo. Y el pasado son tinieblas. Las obras inmortales que se admiran a través de los siglos no pertenecen al pasado. Poco importa el año, la fecha en que fueron creadas. Son detalles

que no debieran mencionarse nunca por su nimiedad simbólica. Las obras inmortales se forjan al contacto de su creador con un minuto, una hora de eternidad.

En estos años, se ha comentado mucho un libro que el sabio alemán Spengler ha escrito sobre la decadencia del Occidente. En este libro se exponen los síntomas —muy pequeños, débiles y hasta quiméricos síntomas, por cierto— que en opinión de su autor son señales evidentes de la decadencia, y no sólo de ésta sino también de la muerte de la actual cultura de Occidente. Dejemos aparte afirmaciones *de relleno*, visiones a todas luces absurdas y estaremos de acuerdo con la obtención final. Pero Spengler no llegó hasta el radicalismo a donde hemos de llegar nosotros. Y este radicalismo consiste en señalar el síntoma más vigoroso que demuestra la decadencia en que yace la vida espiritual toda. Lo diremos de una vez: *Es el exceso de investigación*. La inteligencia universal es incansablemente investigadora. Es enorme el número de infolios que durante los últimos veinte, cuarenta, cincuenta años han aparecido repletos de notas, fechas y opiniones y otras cominerías arcaizantes. Se escriben inmensos tratados, compuestos de tomos inacabables, sobre la Historia del Arte, de la Literatura, de la Filosofía, como si hubiera necesidad de hacer un inventario del pensamiento universal de todos los siglos. Yo no quiero ver en esto más que la demostración palpable de que no existe Arte, Literatura ni Filosofía actual, como si los *grandes hombres* del pasado se hubieran propuesto agotar las grandes canteras de que se nutren estas tres enormes ramas del pensamiento. **[Y en esos tratados se analiza, se desmenuza todo, poblándolo todo de notas comparativas, uniendo con redes invisibles y certeras las más disociadas creaciones.]** Bien están todas esas investigaciones, pero como categoría ínfima, no predominando y absorbiendo las grandes atmósferas. Estos investigadores, al encajonar lo etéreo, establecen, claro es, categorías. Proclaman las obras inmortales y señalan los autores mediocres. ¡Como si la inmortalidad necesitase de voceros, como si la obra perdurable, amasada y creada en minutos de eternidad, no viviera siempre, no respirara siempre, aunque no se hiciesen ediciones de ella, aunque no la leyera nadie y nadie le dedicase unos minutos en el fugaz transcurso de la vida! ¿Es que una obra es inmortal porque hablen diariamente de ella cientos de miles de cretinos? No. Nunca. Afirmo que el exceso de investigación, de análisis, de pedantería erudita y libresca es el más firme y seguro síntoma de decadencia. Hoy, al hablar doctamente de literatos, no se refiere nadie a esos pobres diablos que cara a cara con la vida, en la calle, luchan por que los cataloguen dentro de dos o tres siglos; sino a los encajonadores, que miran a los pobres diablos por cima del hombro, como diciéndoles que para entrar en el *cajón* lo primero que hay que hacer es morir, y... después Dios dirá. Los pobres diablos ante esta perspectiva, reconociendo la superioridad de los porteros del *cajón*, con un gesto humilde, abandonan sus pretensiones de ser catalogados y se lanzan a la vida a triunfar, a tener automóvil, a gozar buenas queridas, a recibir muchos aplausos. ¿Que cómo? Pues los literatos pergeñando pornografías; los artistas, achabacando su arte; y los filósofos haciéndose politiquillos, esto es, psicólogos de multitudes. Y claro, la literatura es mediocre; el arte es chabacano y la filosofía es psicología o psicometría o necedad, que todo es uno y lo mismo. Y coronándolo todo, se sitúa, ¡qué remedio!, pomposa, riente y dominadora, la *Decadencia*. ¡Y se extraña nadie!

Esto sucede, claro, porque lo manda, lo exige, lo *crea* la Historia, el Tiempo sin ráfagas de eternidad, que no otra cosa es la Historia, el azar y el fatalismo científico spengleriano. Hay también lo que se llama «la alta crítica», que con la ciencia investigadora ocupa los altos sitios del idealismo docto. La investigación y esa «alta crítica» se complementan de modo maravilloso, y lo ordinario es que ambas cualidades se asienten en un mismo cerebro. No son estas frases hostiles conceptos para la función crítica; pero lo que sí afirmo una y mil veces es que ésta no debe desarrollarse a idéntico nivel que la cosa creada, mucho menos en un nivel superior, que es lo que sucede en la actualidad, produciendo lógicamente grandes desequilibrios y consecuencias funestísimas para el debido entronque de las ideas en el alma de los pueblos. Estoy seguro de que estas últimas páginas las interpreta mal el

lector, y por eso voy a salir al paso de derivaciones erróneas: No hay en ellas ni un sólo ataque para la investigación erudita, sino que me limito a señalar como un síntoma seguro de la decadencia indudable el desarrollo, el entronizamiento en las altas cúspides y el poder sobre la actualidad creadora de esos trabajos investigadores que dicen muy poco o nada a la avidez anímica de nuestro tiempo. En clara y definitiva metáfora, esto puede compararse a la actitud de un enfermo gravísimo que en sus postreros instantes se dispone a echar un vistazo crítico sobre las acciones que constituyen su vida toda, gozándose en la contemplación de las más agradables y señalando con un suspiro aquéllas en que no se muestre con la debida pureza o en las que no invirtiera la *genialidad* suficiente. De todas formas, haya en el Haber de su pasado muchas acciones geniales o no haya ninguna, el enfermo está incapacitado para obras de gran empeño, y fenezca con mucha gloria o sin ella, la realidad es que su actual presente no crea, no produce, no vive. Hemos de aceptar, pues, la idea de la decadencia de una cultura sin grandes lágrimas, casi debía decir gozosos, porque se nos presenta la ocasión de mostrarnos tal como somos, sin que en nuestra actitud se reflejen «motivos» extraños y sin que sobre nuestra alma graviten amenazadoras presiones, esas presiones que han hecho sucumbir, malograr mejor, envueltos en el cieno de la decadencia, a grandes hombres que se hundieron para siempre. Y expliquémonos ahora el espectáculo de la crítica. Hemos dicho que se ha elevado hoy día por cima de la obra creada, y con esto quisiera decir dos cosas: que la obra creada alcanza muy pocas veces relieve apreciable, y que la crítica, muy inoportunamente por cierto, ha brincado sobre esa mediocridad creadora y adquirido como consecuencia del brinco posiciones que no le corresponden. Y una vez que la crítica actual habita las cúspides, y la obra actual se revuelve, impotente y mediocre, en las bases, sobre el suelo y las atmósferas ínfimas, sucede que aquélla no puede ocuparse de ésta, tergiversando funciones y mirando de espaldas a la realidad viva. En esta situación las cosas, lo lógico sería que la crítica, reconociendo la inexistencia de *obra criticable*, abandonase sus posiciones y se retirara a otras superficies. Pero no lo hace así, y desde su altura inmensa —merecida, desde luego— desdeña la realidad que nos envuelve y se propone descubrirnos unos cuantos genios ignorados, creyéndose, sin duda, con lamentable equivocación, artífice de inmortalidades. La crítica ha de ir siempre detrás de la obra creada, examinándola, escudriñándola, y claro es que con la digna independencia necesaria para que en caso preciso pueda negarse a examinar lo que, a su parecer, *no existe*. Esta última debiera ser su actitud desde hace lo menos veinte años.

Una vez demostrada la decadencia, réstanos averiguar si va a adueñarse también de la generación próxima o si ésta va a lograr hacerla desaparecer, sacudiendo el letargo espiritual que domina al mundo.

Y yo me pregunto cuál es la actitud del «espíritu joven» frente al esplendor de las viejas normas. Porque el final, la decadencia de una cultura es sólo eso: normas. «En clara y definida metáfora», es como obligar a una sensibilidad a gozar de emociones siempre iguales, a forzar su dirección eternamente por un camino, por uno solo, dejando los paisajes fronterizos para que en su examen pueda manifestarse alguna débil originalidad. **[Un ejemplo es el ver como las tres cuartas partes del género humano se le coloca por obra y gracia de un prejuicio en condiciones de abrirse a la vida, sentar una afirmación o una negación determinada: Creer o no creer en el Cristo; adorar o lanzar denuestos al Cristo; afirmar o negar al Cristo. Y esto es sencillamente ridículo, lo reconocerán los más fervientes cristianos y sin más furibundos contradictores. Hasta el que en esta materia adopta un gesto de indiferencia ha tenido antes que oscilar entre uno u otro lugar común. La literatura nos ofrece también un espectáculo con el que no podemos estar conforme.]** Todo esto, unido al progreso de la ciencia investigadora y la equivocada posición de la crítica, significan grandes síntomas de decadencia. Y esta decadencia, en la literatura de Occidente, tiene su principio con la sequía de la última vena romántica y el advenimiento de nuevos escritores, clásicos o lo que sean.

Yo quisiera aprisionar en este libro una juventud de la que gozan todos los seres vivos. Y acaso este libro signifique la muerte de esa juventud a la que yo amo tanto. No debía escribirlo. Me asaltan las dudas terribles, **[una de ellas es si no soy ya un descarriado]**, si a los diez y nueve años no soy ya viejo. Pero quiero creer en mi juventud. Si no me creyera joven, no escribiría este libro. En él, quizá sea eso lo único aceptable: la juventud.

Pero no divaguemos... La única simpatía que hemos de sentir por las generaciones decadentes es su ansia de cultura. Creemos que sin cultura no se va a ninguna parte. Lo primero es ser hombres cultos, poblar las bibliotecas y hacer desaparecer el vocablo *cultura* de eso que se llama cultura general. Afirmo que es más aceptable, más digno de consideración un analfabeto que no un individuo que disfrute de *ignorancia general*. Avidez libresca, sí, mucha avidéz libresca.

Pero aquí se manifiestan dos peligros. Uno, es el vocablo *influir*. Otro, muy considerable, es no ver las cosas en *su propio tiempo*. El primero nace más bien de la lectura de críticas y de filosofía *insincera*. Sí, entiendo que uno de los peligros más grandes que pueden ceñirse sobre una juventud libresca es el embriagarse con el alcohol de las lecturas críticas. Y esto adquiere generalmente relieves de embriaguez porque hay momentos ávidos en que la inteligencia joven no se resigna a desconocer, a ignorar. Y nada tan gustoso durante esos lapsos de tiempo como propinar a la curiosidad ávida un tomito de crítica donde se resumen, critican y anotan todas las obras de un gran autor. Después vendrá la lectura de esas obras, lectura que llegará a nosotros siguiendo la trayectoria que marcan los lados de un ángulo recto. El vértice, el lugar o espacio que absorbe nuestra atención porque a su través nos llegan las ideas, lo forma aquel nocivo tomo de crítica que despojó de nuestra sensibilidad el *modo de ver propio*, impidiéndonos ya para siempre la alegría *íntima* de gozar las obras del autor insigne. Una obra crítica mientras no sea *creación* del crítico no tiene valor alguno. Repito que la crítica, cualquiera que ella sea, obra generalmente en la juventud el efecto mortífero de una plaga. Hablé antes de filosofía *insincera*, como un tubo conductor del vocablo *influir*. Filosofía *insincera* es, quizá, el noventa por ciento de la filosofía que rueda por el mundo. Y es esta filosofía *insincera* la única que encierra en sí gérmenes nocivos, capaces de desviar la personalidad de un individuo, mostrándole direcciones que sólo por ajenas son ya falsas. El propio espíritu, la impulsión traslaticia y escrutadora de una intimidad es un cosmos completo. Y la filosofía *insincera* nace lo mismo de un centro ruin, dominado por todas las cobardías, que de una individualidad poderosísima cuyo único objetivo sea el desconcierto y la risa. La primera es, al parecer de su autor, más perfecta que la propia sinceridad, esto es, la juzga superior a las ideas mezquinas que absorben su yo; falsifica, pues, su filosofía íntima deliberadamente, creyendo así dar al mundo esplendorosas perfecciones.

He aquí un pobre hombre que no sabe lo que hace, insincero de buena fe, que desprecia su producir íntimo y que acaso anhele, a tanto fingir, fingirse *otro*. Dijimos de éstos que eran «centros ruines, dominados por todas las cobardías». Dijimos y sostenemos. La otra filosofía *insincera*, nacida de una individualidad poderosísima, se presta a más exégesis. Nos limitamos a señalar aquí que creemos en su existencia. Sí, existen focos inmensos, grandes hombres, que se complacen en desconcertar al prójimo y en mantener sus *fronteras espirituales* con sonrisas, y quizá con carcajadas.

Estos hombres, herméticos giradores alrededor de sí mismos, puede suceder que se lleven a la tumba sus ideas vírgenes aunque hayan dado al mundo treinta, cuarenta o cincuenta volúmenes, repletos de ideorrea para todos los gustos y generaciones. Es probable que a los dos o tres siglos de morir estos hombres, se celebren pomposamente sus centenarios, se tengan sus libros como faros en las tenebrosidades del pensamiento y hasta se diga en discursos de entrada en Academias, refiriéndose a ellos, que «su espíritu fulge como una luz siempre renovada, porque dio cuanto era y abrió a las generaciones presentes y futuras las puertas de su sinceridad».

En clara, definitiva y mundana metáfora, estos grandes hombres insinceros hemos de compararlos a las meretrices que logran bajar a la sepultura cual virginales doncellas. Y basta ya de filosofía insincera, aunque el tema de los grandes hipócritas nos impulsa a hablar un poco de ellos.

Existen grandes diferencias entre la insinceridad y la hipocresía. Digamos que ésta es infinitamente inferior a aquélla. Los hipócritas son insinceros mediocres. Me parece que nos hemos metido en un lío del cual nos va a ser difícil salir. Nuevas reflexiones se oponen a que sigamos por donde íbamos. Porque vacilo en señalar como hipocresía o insinceridad ciertas actitudes muy semejantes a las que pueden originar estos defectos. Amiel, al examinar el diario íntimo de Maine de Birau, escribe: «¿Por qué Maine de Birau hace de la voluntad el todo del hombre? Porque tenía muy poca voluntad.» Cabe suponer en esta afirmación de Amiel dos cosas: apasionamiento e hipocresía. Cuando yo leí a Amiel por vez primera, hace algunos años, me hicieron impresión fortísima la forma valiente y lapidaria de que se valía en las críticas severas, contrastando con su manera de ser —a lo menos en su diario— irresoluta y débil. Véase cómo pone a Chateaubriand de vuelta y media con motivo de una obra, «El genio del cristianismo», fundándose en el gran orgullo de este romántico; y cómo exclama irónico, también satirizando el orgullo de Víctor Hugo: «Francia es el mundo, París es Francia, Hugo es París. Pueblos, ¡Prosternaos! » Y todos sabemos que el pobre Amiel fue un enfermo de orgullo, y sólo el orgullo hizo que escribiera un diario falso, retratándose de forma poco envidiable, pero al parecer, sincera, y sobre todo, original. ¿Por qué, pues, se ensañaba con los orgullosos? No lo sabemos. Misterios que se llevan a la tumba estos grandes hombres insinceros. Y ya que se nos ha ido la pluma estampando iconos, digamos que, leyendo ayer «Les reveries du promeneur solitaire», de Juan Jacobo, sentimos por éste una gran compasión. ¡Pobre Rousseau! ¡Qué hipócrita se nos muestra en este libro que no debió escribir nunca! A veces, pensando en suicidas ilustres, me acuerdo sin querer de Juan Jacobo. Este hombre debió suicidarse, porque llegó una época en que ya estorbaba. Quizá lo creyó así, y no otra cosa signifique su reclusión de los últimos años. Pero ¡ay! que fue entonces cuando en uno de sus paseos, en todos ellos mejor dicho, ensartó hipocresías y más hipocresías, tan claras, tan salientes, tan ingenuas, que yo no me explico cómo un hombre como él pudo escribirlas; bueno, escribirlas, sí, pero un poco más esotéricas y resguardadas. ¿Quién va a creer, a no ser un niño, que es sincero cuando dice: «...et quand ensuite les hommes m'ont réduit a vivre seul, j'ai trouvé qu'en séquestrant pour me rendre misérable, ils avaient plut fait pour mon bonheur que je n'avais su faire moi-meme». ¿Pero es que Rousseau lo creía en verdad? No. Lo que pretendía era hacer renegar a sus enemigos, y también, quizá, débilmente, creer, adaptándose, en un fatalismo perezoso. El mismo había escrito en este libro: «L'adversité sans doute est un grand maître; mais ce maître fait payer cher ses leçons, et souvent le profit qu'on en retire ne vaut pas le prix qu'elles ont coûté.» ¿En qué quedamos, pobre Juan Jacobo? ¿Eres o no eres dichoso en tu soledad? En fin, consolémonos pensando que el Rousseau de este libro no es todo el Rousseau de que tenemos noticias. Más reflexiones, muchas más, debíamos exponer aquí sobre la insinceridad y la hipocresía, pero no es éste el sitio; acaso cuando caminemos con Don Quijote haya ocasión de decirlas. Bastante se ha estirado el hilo que no debió pasar de una cuartilla. Hablábamos de los peligros que asaltan a una juventud libresca, y como conductores del vocablo *influir* señalamos la lectura de críticas impersonales y la de filosofía insincera.

Nos queda otro peligro, el de «no ver las cosas en su propio tiempo». Vamos a tratar de este peligro, advirtiéndole que aquí no hay consejos que valgan. Yo no soy tan majadero que pretenda dar consejos a nadie. Esto queda para esas personas de «mucha moral», que, fundándose en que les sobra, la reparten a diestro y siniestro sobre los mortales. Y vayamos a nuestro «peligro»: La primera visión que se nos pone frente a los ojos al asomarnos al espectáculo de todas las culturas de todos los tiempos, es un conjunto inverosímil de volúmenes y de números. Los números son fechas. Cada volumen tiene un número

correspondiente, pero no pegados al lomo como sus colegas de las bibliotecas, no. Están todos revueltos —pues esos números tienen también personalidad— en acervo confuso como si el bibliotecario —la máxima categoría del tiempo— en un minuto de locura hubiera tirado todos los libros por el suelo. A veces, por lo tanto, el número que corresponde a un libro está muy lejos de él y resulta casi imposible buscarlo. Entonces, el lector o visionario, ya en la mano el libro, lanza alguna que otra mirada, como en un supremo esfuerzo por encontrar el número respectivo. Por fin se va, sin encontrar el número. Era preciso hurgar mucho tiempo en el acervo y tener mucha paciencia.

Ese lector es, pues, un mal lector; no concede importancia al «propio tiempo de las cosas». Y no es aventurar mucho el decir que al término de la lectura se encontraría igual o peor que antes de comenzarla. Si la avidéz libresca del hombre pudiera ser colmada con obras inmortales, ese problema estaría resuelto; podríamos desentendernos de los números, esto es, de las fechas. Pero las obras inmortales son muy pocas. Y el hombre necesita escudriñar esfuerzos de visión no tan hondos, pero en los que siempre haya un matiz agradable, *algo* idéntico a nuestras ansias más íntimas: Y aquí ya necesitamos de los números, esto es, de las fechas. Porque esos focos de un pensamiento localizado se mueven entre horizontes reducidísimos, están adheridos como una fatalidad ineluctable a una fecha determinada. Y esos focos si no se les mira a través de «su fecha» no alumbran, nada dicen, nada pueden decir a la interrogación de los hombres. Y es que sus autores eran de su tiempo, sólo de «su tiempo».

Sin embargo, en vano buscaremos en el acervo común el número que pueda corresponder a una obra inmortal. No existen esos números. No busquemos tampoco en estas obras datos para que nos ilustren acerca de éstos o de los otros acontecimientos de «su siglo». Las obras inmortales son de todos los tiempos, y lo que en ellas haya de eterno nada nos puede decir sobre nimios detalles. La obra inmortal, por excelencia, es el Quijote. Yo creo que a lo largo de todos los siglos luchará con el tiempo siempre vencedora. Se me dirá que termino de escribir una contradicción, porque en el Quijote se retrata muy bien una época. Al lector que me interrumpa de esta forma le advertiré que tenga paciencia; después de leer este libro se convencerá de que no hay tal contradicción. Porque en este libro, de acuerdo con su título, se va a hablar del Quijote, aunque estas «cosas preliminares» parezca que no se van a terminar nunca.

Pero digamos un poco más sobre el «propio tiempo», y su importancia en nuestra lectura de obras del pasado. Hemos de aceptar que el espíritu de los hombres se renueva, y que nuestra «manera de ver» es distinta de la «manera de ver» de los hombres de hace dos, cuatro, quince siglos. Esas renovaciones traen consigo una especie de deber, que consiste en el estudio de las cosas que pasaron. Para facilitar este asunto, nuestros antecesores estrujaron su cerebro en los libros. Nosotros, egoístamente, leemos esos libros. Es que gozamos leyéndolos. Pero algunas veces, muchas veces, los leemos sin preocuparnos de comprender el ambiente que les dio vida. Es más, sólo viven leídos a través de ese ambiente. Es la esclavitud al tiempo de todo lo mediocre. Y se produce, claro es, un desequilibrio en nosotros. Se trastrueca nuestra sensibilidad. Los jóvenes, más que otros, deben tener mucho cuidado con el «propio tiempo» de un libro en el mismo libro. Es como buscar los cimientos de una torre en la cúspide. Absurdo, absurdo.

Yo no llamaré pereza a la actitud de hoy, en la que la lectura se sacia casi en su totalidad con producciones de la época. Soy de los que creen que del pasado lo menos posible. Pero, ¡ay!, el noventa y nueve por ciento de la energía librificada dudo que no sea ya pasado cuando llega a nosotros. La ráfaga —débil ráfaga— que pueda formar una hora de tiempo la destruye apenas nacida. Afirmo que las palabras DECADENCIA y AGONÍA encabezarán dentro de unos siglos los capítulos que se dediquen al estudio de *lo creado* durante el primer cuarto del siglo XX. Y los jóvenes, ya lo dije en páginas anteriores, en vez de sentir sobre sí el peso de esa decadencia y los estertores de esa agonía, deben

alegrarse, deben asistir gozosos al último ciclo —ciclo de muerte, desaparición— para dar lugar, creándolo, a otro ciclo: el del resurgimiento.

Un resurgimiento debe desterrar de su seno dos vocablos: *sí* y *no*. También la duda. La dificultad consiste en un verbo: crear. Pero crear partiendo de la nada; otra cosa no se puede llamar creación. Y el verbo crear tiene como infancia espiritual no el significado de *ser*, sino el de *querer ser*.

* * *

Y el *querer ser* puede manifestarse en una juventud reclamando ambientes nuevos. Sólo los jóvenes que lo sean verdaderamente podrán aspirar a ese *querer ser*. Es inútil que *quiera ser* quien ya ha sido. La creación de una «manera» no ha de parecerse a una degeneración, a una decadencia de esta «manera». **[La base de las religiones es la enfermedad del misticismo y también el puntal del arrepentimiento. Y una religión entra en decadencia apenas nace.]**

* * *

¿Se admiten diferencias, categorías, en el alto mundo de la idea? No lo sé. Sí sé, sin embargo, que lo que para algunos es realidad hermosa, para otros significa «nada más» una ilusión débil. Alguien puede percibir «algo» que no llega a todos. Aquí el elogio de los mejores. Ahora bien: no está entre los deberes del individuo hacerse grande hombre (claro es que este deseo no figura en las aspiraciones de muchos); pero sí descubrirlo y ensalzarlo.

* * *

No se exija al verdadero joven que admire en toda su integridad cuanto existe a su alrededor. Sería suprimirlo como realidad actual. Yo concibo que lo viejo ejerza presiones sobre la juventud, pero esas presiones deben limitarse a respetar, no a admirar.

El hombre que admira se incapacita desde ese momento para la creación de cosas más grandes. Dejad a los jóvenes su inquietud por lo desconocido. A esos hombres que anhelan juventud les daría yo una receta: «No admiréis nada y desead siempre.»

* * *

Vamos a dar fin a estas cosas preliminares, y a dar comienzo a la materia que en realidad nutre este libro. A fuer de sincero, manifestaré que me ha traído a esta labor algo así como un desconcierto en presencia del medio intelectual en que vivo. Los jóvenes tienen que luchar con antinomias. Es natural, pues, que en ellos se produzcan a veces grandes desconciertos. Porque las antinomias nacen en su propio espíritu, precisamente porque este espíritu es joven.

Mi antinomia tiene distintos matices: Uno de ellos es que no admirando nada, mi afición por la lectura me lleva a leerlo todo. Me encanta hacer novelas, y, a la vez, siento repugnancia por asuntos «humanos» —entiéndaseme—, que vienen a ser sus nutrices. Gusto del arte y me fastidia esa emoción estética con que se califica por esos mundos de no sé quién. En fin, en fin...

Titulo este libro «El Quijote y nuestro tiempo», y como yo no me he cuidado de enterarme qué ideas corren por ahí sobre el libro inmortal, resulta de aquí que ese «nuestro tiempo» no es una especie de síntesis de lo que piensan sobre el Quijote los ingenios de la época, sino las impresiones, reflexiones, ideas que su lectura le ha sugerido a un microcosmos que vive en nuestro tiempo. Por lo tanto, para más claridad, diré que si se pone el signo igual delante del título «El Quijote y nuestro tiempo», mi pluma, nada más que la mía, añadiría: «El Quijote y yo».

Y entremos en materia.

Nota del editor:

Entre corchetes y en negrita, incorporamos los textos que se suprimieron en la primera edición (Vasallo de Mumbert, Madrid, 1971, 173 págs.)

ALGO DE METODOLOGÍA

En todas las cosas se impone un método. Hemos de llamar método lo mismo a una ordenación rigurosamente reglificada que a impetuosos desbordamientos del período creador de la «cosa». Este último método llámase también intimidad, nunca de acuerdo a normas y siempre paralelo al nervio del «sentir». El otro método es rebeldía a nosotros, a lo mejor que hay en nosotros. Y esta rebeldía es más notoria, más intensa, cuando el creador padece metodología. El resultado entonces es el lábaro del método oscureciendo la creación.

Pero hay una metodología sencilla, cuya trayectoria en nada atañe al fondo: son las partes o capítulos de los libros.

Nosotros comenzamos hablando un poco sobre el Gran Libro. Luego, invitados como una sombra, queremos penetrar en la realidad íntima de Don Quijote. Va con nosotros un crítico de las hazañas quijotescas, Miguel de Cervantes, que ya penetró en la fantasía externa del Caballero.

Por fin, como remate del libro —de este libro—, unas «cosas liminares».

Y ésta es toda mi metodología: señalar que mi libro consta de tres partes, tres grandes capítulos. En cuanto al método en la entraña de esos capítulos creo que podrá llamarse «impetuoso desbordamiento del período creador de la cosa».

SOBRE EL GRAN LIBRO

Comienzo por avisar al rebaño de cervantistas que entren en estas páginas con alguna precaución, porque bien puede ocurrir que parte de las ideas expresadas adquieran a sus ojos proporciones sacrílegas, y dejándose llevar por el arrebató momentáneo condenen el libro a eterno fuego, y a su autor, a presenciar la quema. Pero las páginas —todas las páginas— de este libro están dedicadas a una juventud universal, y estoy seguro de que ésta no se incluye en el susodicho rebaño, porque aún vive y respira, esto es, vislumbra horizontes amplísimos cuya línea no oscurece, no puede oscurecer, ningún célebre fantasma.

Me parece casi imposible precisar el número de trabajos que a lo largo de las fechas se han dedicado a estudiar, ensalzar, comentar, y hasta interpretar nuestro Gran Libro. Declaro que conozco únicamente los títulos de esas exégesis, de esos estudios o de esos motivos, y que para pergeñar estas páginas no me he valido más que de la obra inmortal. Esto pudiera parecer un prurito extravagante. Sin embargo, no hay aquí extravagancia que valga. Es más, considero muy lógico que se proceda así. En todas las acciones debe buscarse que predomine siempre un cierto sentido de la propia personalidad. Una de las grandes cosas de Don Quijote es que lleva al descubierto —aun así algunos no la ven— toda la intimidad que puede desarrollar un individuo. Al comentar, al estudiar una obra —y más aún siendo esta obra el Quijote—, las relaciones entre nuestra mente y ella deben manifestarse como líneas rectas, inflexiblemente rectas, cuyo trazado se efectúe teniendo como tema la negación de toda clase de vértices. Yo me lleno de alegría cuando al finalizar mis lecturas cotidianas pongo el siguiente comentario, a manera de resumen: yo no haría esto así. Y me entristezco cuando una débil identidad con la cosa leída me indica que alguien sigue, o siguió ya, análogas ideas a las mías.

Pero hablemos del Gran Libro.

Yo no sé qué clase de libros hemos de gustar con más fruición: si los perfectamente definidos y completos, sin susceptibilidad de cambios ni de semblantes diversos, o aquellos otros que se nos presentan abiertos a todos los juicios, con una realidad diferente a cada espectador y como invitándonos a que sobre sus superficies construyamos castillos deducidos, extrayendo de sus entrañas materia pingüe para los adornos de nuestras creaciones. Entre los primeros están la mayor parte de las tragedias de Shakespeare. Entre los segundos, el más brillante, el más poderoso es el Quijote. Me parece que éstos son infinitamente superiores a aquéllos, y que la sombra proyectada por los autores sobre nosotros sigue inversa proporción. Siempre un Shakespeare —su personalidad quiero decir— será más que un Cervantes. Los dos genios, aquél —su personalidad sigo diciendo— es más grande que éste. Y es que las obras del primero, dígame lo que se diga, son algo que no se presta a comentarios ni divagaciones de ningún género. Representan para todos lo mismo. Shakespeare se impuso e hizo *algo* completo. Cervantes se sacrificó —claro que sin darse cuenta—, y su obra se apoderó de su personalidad, empequeñeciéndola. Y repito que el Quijote será siempre superior, más dignamente inmortal que cualquier tragedia shakespeariana. El espíritu de Hamlet, cúspide con cúspide, no resistirá nunca un parangón muy prolongado con el espíritu de Don Quijote. Después de escrito este libro leeré con curiosidad el estudio de Turgueneff sobre ese parangón. Aunque me parece que no es Turgueneff quien pueda estudiar muy a fondo esas comparaciones. Shakespeare supo, sin claudicar, hacer que la beocia aplaudiese un arte verdadero. Véase cómo en una de las novelas de Pérez de Ayala una pobre meretriz se emociona ante la lectura de Oteló. Un espectador de elite no sentirá emoción distinta a la de esa meretriz. En cambio, respecto al Quijote, ¡qué diferente la vibración de las sensibilidades! Esa misma meretriz de la novela de Pérez de Ayala, si le leyeran el Quijote, es posible que no hiciera

otra cosa que reírse; a lo más, compadecería al *pobre loco*. Le entretendrían todas aquellas historias de amor. De la novela del Curioso impertinente obtendría sabrosas consecuencias. Reiría el subterfugio o enredo de que se valió Basilio para casarse con Quiteria. En fin, otros muchos lances le harían pasar unas horas divertidísimas en extremo. ¿Se atreve a decir alguien que el Quijote llegaba a la pobre mujer? No. Es posible, sin embargo, que a ella llegara Cervantes, pero Don Quijote de modo alguno.

Aquí la clasificación de lector y lector inteligente. Para penetrar en el Quijote es imprescindible llegar a él en silencio y con la cabeza despejada. Y no es que haya que luchar con las marañas de esotéricas filosofías, no. Lo que se presenta ante nosotros es algo más profundo y a la vez algo más claro que eso: es una intimidad, la gran intimidad que puede ofrecer un «órgano» poderosísimo. Es el trasladarnos a las altas cimas donde el espíritu de los hombres se manifiesta con más pujanza que en los valles. Es el ver cómo de entre nosotros surge alguien capaz de arrastrar nuestra atención en sublimaciones de remolino. Aquí del lector inteligente. Porque en el Quijote se da el caso de que el otro lector —el que lee por *matar* el tiempo— encuentra materia para regocijarse muy a sus anchas. Y por eso el Quijote es popular —¡pobre, bien pobre popularidad!— y es celebrado por las multitudes. Supongamos que Cervantes hubiera suprimido en el Quijote todas esas historias de amor y de celos, todos esos episodios mediocres que nada significan, y hubiera relatado las aventuras en otra forma, con seriedad, sin reírse él mismo, como se ríe muchas veces; esto es, en resumen, que el sublime Quijote hubiera salido *completo* y con *personalidad bien definida* de sus manos. Entonces, claro es, resultaría un libro algo esotérico sin duda, lo que los tontos llaman un «tabarrón insoportable», pero la diadema cervantina se cubriría de una gloria más pura que la actual, y decir Cervantes sería como decir El Más Grande Hombre Del Universo. Y la joya, la sublime intimidad quijotesca, adornaría sólo pechos de élite; nadie encontraría motivos de risa, sino de meditación. Estad seguros de que los tontos no harán popular la obra de Gracián ni leerán íntegramente el «Discours de la méthode», de Descartes, pongo por ejemplo.

Pero Cervantes *quiso hacer* una sátira contra los libros de caballerías, se propuso relatar una historia entretenida que divirtiera por igual a una Maritones y a un Aristócrata del Intelecto. Y ver cómo Cervantes llenó cumplidamente su objetivo, esto es, tuvo energía creadora para examinar con minuciosa complacencia el perímetro de su mundo, un horizonte reducido y escaso. Mas en ese mundo reducido cupieron, a pesar de todo, un germen y unas siluetas: El germen y las siluetas de Don Quijote. Y una vez *creado* ese germen y *dibujadas* esas siluetas poco debe importarnos que Cervantes se desviara y quisiera hacer un libro «ingenioso y divertido». Lo sentimos por él, por Cervantes, que sólo hizo una historia amena. Vuelvo a repetir que el Quijote me parece el libro más grande que se ha escrito. Pero esta grandeza del Gran Libro no es tal grandeza si el lector no es un lector inteligente. Prueba clara de la tontería de los iletrados es que aplauden en el Gran Libro lo que en éste hay de mediocre, lo que se puede hallar en el más ínfimo de los escritores de nuestro tiempo.

Valera combatió con cierta rechifla los propósitos de un tal Benjumea, que decía haber hallado en el Quijote filosofías profundas. No he leído los trabajos del señor Benjumea, como no he leído tampoco ningún estudio o exégesis sobre el Gran Libro, pero sí me parece ridícula la obstrucción que manifestó Valera a esos trabajos hasta llegar a la falta de seriedad en sus críticas. No sé qué filosofías profundas pueden ser éstas. En el Quijote hay la filosofía que existe en todo ser humano. Pero difícilmente un sistema filosófico.

Quedamos, pues, en que Cervantes creó un germen y dibujó unas siluetas. ¡Gloria a Cervantes! Cada espíritu debe hacer de ese germen la plenitud que le parezca mejor. Debe completar esas siluetas, haciendo de ellas un tipo, el Tipo.

De nuestras páginas anteriores parece desprenderse que ese germen y esas siluetas las creó Cervantes inconscientemente. Así es en efecto. Aquí el dicho vulgar de que «mató dos

pájaros de un tiro». Con la circunstancia de que el pájaro segundo, el no apuntado, perdió la vida sin darse cuenta su matador. Cervantes persiguió un objetivo. Ya hemos dicho qué objetivo era ése: Satirizar los libros de caballerías y hacer un libro regocijado y ameno. A este pájaro apuntó el autor. Sin embargo, a su vez, hizo también otra cosa: Inició la creación un Gran Quijote.

Hemos de reconocer que abundan en el Quijote momentos en que se vislumbra un órgano creador vigoroso, que casi aplastan las argumentaciones en pro de la inferioridad cervantina en relación con su obra. Pero si bien se mira son simples destellos, más bien formales, como luces internas que pugnan por salir al exterior a través de la gruesa capa de arcilla mediocre. Y estos destellos sublimes, aun frecuentes, deben extrañar menos si se considera que rebullen en el seno de un Libro donde está encerrada la máxima genialidad posible. Declaro que soy poco afortunado en mis metáforas, mas, a pesar de ello, no dejo de exponer que en rasgos generales el Quijote recuerda esos terrenos pobres, de corteza inexpresiva, pero en cuyo fondo, guiado precisamente por esa pobreza y esa inexpresión, un ojo experto percibe riquezas innumerables, valores insospechados para una retina superficial. Supongamos que esa capa telúrica en su forma externa tiene frondosidades cariciosas, o resulta fructífera en grado sumo explotándola agrícolamente, o hay sobre ella jardines de un gusto artístico supremo. Es posible que los ojos de los hombres no fijaran sus miradas en esos provechos y en esas bellezas externas si un minucioso examen científico demostrara la existencia, debajo de aquellas capas veraces, de filones auríferos, de yacimientos de petróleo, o de canteras de sal, etc. Algo así sucede en el Quijote. Yo sostengo que la obra de Cervantes, aun quitándole de su Haber lo que hay de inmenso en el Quijote, esto es, si no hubiera creado el Quijote, se leería hoy al igual que se leen los ingenios de su siglo. Las novelas de Cervantes no son ni mejores ni peores que las de otros clásicos (¿?) que hoy todavía leemos. Esto para quienes creen que Cervantes, sin Quijote, sería solamente conocido por cuatro o seis eruditos.

Como nosotros vamos buscando únicamente la genialidad del Gran Libro, hemos de prescindir de muchas cosas y de muchos detalles. Pretendemos acompañar a don Quijote en sus aventuras, *sólo* en las que realizó por el campo del Espíritu. Y me parece que una de las medidas, la primera medida, es suprimir de cuajo a Dulcinea. Bien suprimida está ya en el Gran Libro, pero es el caso que figura como la cúspide adonde se dirigen los pensamientos, suspiros y hasta la personalidad íntegra de don Quijote. Podemos prescindir de ella y hacer que nuestro héroe se encomiende de «todo corazón» al Gran Espíritu, de quien no es más que una dependencia bien mimada y un mucho predilecta. La mujer resta seriedad y profundidad a nuestras reflexiones. Dulcinea no existe. Si Cervantes, en vez de tener el acierto de no presentar a Dulcinea en el Gran Libro, hubiera hecho de ella un ser tan real como Sancho, la gran genialidad del Quijote estaría muy lejana y recóndita, casi inexistente. Véase, pues, si tiene importancia y es delicada la cuestión de Dulcinea.

Por eso este libro quizá resulte breve, muy breve. Hemos de ser implacables en la selección. Don Quijote se encontró con muchas aventuras, pero pocas de ellas se realizaron en los terrenos del Espíritu, y sólo éstas nos interesan.

Ante todo y sobre todo, estamos seguros de que a ningún lector se le vendrá la risa a los labios, porque aquí no caben comicidades, y no seguimos en el Gran Libro más que la vena seria, muy seria, que existe en él, aunque muchos tontos no lo crean.

Me cuentan que un catedrático de una famosa Universidad española gritó allá a fines del siglo pasado, a raíz de ciertos desastres estrepitosos, una frase que yo pongo sólo en los labios de un monterilla algo patriota, pero nunca en los de todo un catedrático que se ha distinguido siempre por una selección espiritual a toda prueba. Ese grito fue el de «¡Muera don Quijote!». Quiso decir: No más ansias imperialistas, no más locas aventuras. Pero bien pudiera haberlo dicho con estas palabras, sin profanar al Gran don Quijote que nada tiene que ver en estas mezquindades de ruina de países o de posesión de tales o cuales colonias.

Es un error grandísimo el mezclar equivocadamente conceptos y energías que no tienen ni pueden tener entre sí relación alguna. Don Quijote visto en el terreno adonde lo quería llevar ese catedrático, no pasa de ser un pobre loco a quien no se le debe hacer caso. No se dirige el espíritu humano exclusivamente a evitar las ruinas de naciones o a conseguir que todos tengamos automóvil. Hay aquí un error muy grande. Lo que sucede es que la fuerza del espíritu, o sea de un hijo del pensamiento, es tan inmensa que los pigmeos de la ciencia o de la política se apoyan en ella para el logro de sus objetivos.

Desdeñemos en el Quijote lo anecdótico, lo pintoresco, lo que hace reír. Hay que penetrar en él con una desnudez de Espíritu paralela a la intimidad del Gran Libro. De otra forma no se conseguirá nada, porque el brillo permanece invisible, envuelto en nebulosas y negruras.

La primera vez que leí el Quijote, ya en serio, con una atención que casi rayaba en culto, teniendo sólo como precedentes la lectura escolar de una edición hecha para los niños, declaro que lo hice con un temor grande. Las mismas frases apologéticas, tan oídas y prodigadas en toda clase de ambientes, producían en mi espíritu un hondo revuelo. Y era que el fundamento de esas frases no me parecían síntomas muy seguros de una alta genialidad. Y al final de esa primera lectura, he de decir, a fuer de sincero, que me entraron deseos grandes de escribir un libro arremetiendo contra lo que hoy llamo el Gran Libro. Hasta emborroneé unas cuartillas, papeluchos vacíos de ideas y de conceptos apreciables. No pude poner en ellas otra cosa que unos cuantos lugares comunes, pertenecientes a una sátira vulgar muy al uso. Nada de ideas serias ni de juicios que pudieran representar una crítica sensata. Mi espíritu se envolvía en sombras al pretenderlo. Y este fracaso fue el que me hizo repetir la lectura del Quijote, si era posible con más fijeza y atención que la otra vez. Antes puse en gruesos caracteres al final de las cuartillas emborronadas: Quien detesta un libro y no tiene talento para señalar las causas de su actitud posee una sensibilidad mediocre.

De aquí obtuve la consecuencia de que mis propósitos de negar al Quijote eran, más que un absurdo, casi una tontería. Las tonterías, y los tontos claro es, se mueven en un círculo donde el pensamiento no existe. Por eso ningún tonto sabrá explicarse nunca por qué dice tonterías. Claro que precisamente por ser tonto pretenderá pocas veces explicarse nada. Pero no todo el que dice tonterías es tonto. Y no sigo porque el señor Unamuno me va a llamar plagario, y nada hay en el mundo que me hiera con la magnitud que este adjetivo.

Consecuencia de mi segunda lectura y de otras posteriores es este libro. Yo vi un Quijote, mi Quijote, y es esa visión la que me alumbró a lo largo de estas páginas como un faro inagotable. El torrero de ese faro no es otro que don Quijote, el verdadero, el que para muchos permanece en la eterna noche desde antes de nacer, que va aprobando con gestos afirmativos la osadía de mis propósitos. He dicho el verdadero, y quizá resulte más apropiado decir el superior Quijote, el más grande, el que se eleva por encima de tantos otros Quijotes que están locos, de una locura ridícula y mezquina.

Y quede aquí el hablar del Gran Libro para emprender la parte más profunda de nuestra tarea.

I. LA LOCURA DE DON QUIJOTE

En un lugar del Universo vive un hidalgo. Como todos los hidalgos, hace una vida aburrida y mediocre: conversa con el Cura y el Barbero del lugar; ciertos días de la semana come platos escogidos, cuida de su hacienda, tiene consigo un ama de hasta cuarenta años, de la que puede decirse que lo mismo vale para un fregado que para un etcétera, etcétera; también una sobrina, que nadie sabe si está en su casa por huérfana o porque su señor tío es muy cariñoso con la familia. No falta el «mozo del campo y plaza», una especie de doméstica enciclopedia que con igual desenvoltura ensilla el rocín y ejecuta otros menesteres.

Pero he aquí que un día este hidalgo se da a la lectura con un ahínco asombroso. Sus libros predilectos tratan materias que reputan por peligrosas algunos graves varones, cuya normalidad consiste en hacer la vida mediocre y absurda de que ya va cansado nuestro hidalgo. Ha conseguido reunir una biblioteca numerosa, donde sólo se encuentran los libros que tratan de las especulaciones y disciplinas que provocaron su entusiasmo. Se abisma en la lectura de estos libros horas y horas, días y días, semanas y semanas, sin cansancio, viendo con melancólica tristeza los atardeceres que le privan de la luz necesaria para seguir gustando las delicias de sus libros. Más de una vez, recordando el suceso bíblico, lanzó al sol declinante una mirada, que es como un ruego, casi casi un mandato enérgico, para que detenga su marcha y le deje leer unas horas más. Pero nuestro ex hidalgo es hombre culto y sabe que el sol no puede detenerse en su carrera porque ésta no existe. Sabe que es la tierra la que, al girar sobre su eje, trae los funestos atardeceres, y por eso es la Tierra, toda ella, a la que mira entonces con una desolación quizá algo mística. Cierra sus libros y pasea por el campo, donde las reflexiones acuden a él en gran número haciendo que se dilate cada vez más al horizonte que circundaba su visión antigua.

Regresa ya bien entrada la noche y prosigue sus interrumpidas lecturas. Tanto interés le despiertan que no se acuerda de comer, menos de dormir y menos aún de que la compra de sus preciosos libros va a originar la ruina de su hacienda. Lee, lee y no hace otra cosa que leer, sino es reflexionar sobre sus lecturas. Ya no encuentra gusto en el ejercicio de la caza ni en otras cosas que antes, cuando era hidalgo, le producían solaz y diversión.

Vende «muchas hanegas de sembradura» para procurarse más y más libros, porque es incansable y voraz en sus lecturas y agota en pocos días los ya adquiridos.

Y a tanto leer y tan poco dormir, unos dicen que se volvió loco; otros se empeñan en sostener, sin embargo, que no se volvió loco sino que las lecturas hicieron el milagro de anular la propia mediocridad para dejar libre paso a una nueva formación, cristalizada al amparo de su carne, pero predominando lo más genuino y saliente de la grande novísima figura. Es la metamorfosis de Alonso Quijano que se anula para abrir camino dentro de sí a la fluida espiritualidad de don Quijote.

Por tanto, eso de que Alonso Quijano se volvió loco es una necesidad. A la fuerza tiene que ser llamado loco quien pretende hacer alguna cosa grande, quien sea capaz de *hacer* que se *contemple* su originalidad.

Aquí nos encontramos con una «cosa» extraña a nosotros, y en presencia de sus hechos, puras monstruosidades en nuestro ambiente, la palabra locura, deformidad-mental, acudirá a los labios por la enorme pobreza del léxico, parejo, claro es, a la marcha de las ideas nuestras. En ningún idioma existe vocablo que pueda precisar bien las características del nuevo ser que encarnó en Alonso Quijano. Esta es, pues, la única explicación de que hasta los doctos califiquen de loco a don Quijote.

Y por eso creo, aunque a la palabra locura se le da en el mundo un significado que la hace muy poco deseable, los que sostienen que don Quijote no se volvió loco, están

conformes en que se le llame así, pero con la advertencia de que es loco porque nos es imposible llamarlo cuerdo. Si don Quijote es cuerdo somos nosotros los locos, o sea, los microscópicamente ínfimos. Lo más propio será decir que don Quijote padece quijotismo, contribuyendo así a la teoría de que es, por su esencia, único. Y esto significa briosa personalidad, grandeza íntima. En balde le digáis a uno que no conoce las manzanas que la manzana es una manzana. Sí podemos decir, en cambio, que don Quijote es quijotismo y nada más que quijotismo. ¿Y qué es el quijotismo?, se nos preguntará. Hay que responder a éstos que es una cosa a la que se llama locura porque no se sabe lo que es.

Y es necesario preguntarse: Si don Quijote padece locura vulgar, esto es, tontería o bobería, ¿para qué ensalzarlo, lisonjearlo y hacerle caso? Una vez asegurada su vulgar locura poco nos puede importar que sus acciones parezcan geniales. Debemos creer que son falsas, porque a los espíritus anormales —esto viene a ser lo que hoy se llama locura— les será siempre imposible la ejecución de lo que llamamos «obra genial». Pero en el mundo predomina la gente mediocre, creadora del equívoco, pues no otra cosa que equívoco es, por ejemplo, decir que los poetas son un poco locos, que Napoleón padeció ciertos delirios también, que Lenin no pasaba de ser un visionario, también un poco loco, y hoy día vemos cómo a una de las normalidades más definidas, don Miguel de Unamuno, se le aplica el adjetivo de «chiflado». Y lo más curioso es que los interesados en llamar un poco locos a los poetas, a Napoleón, a Lenin, a Unamuno y tantas otras grandes normalidades, son los que menos creen en la locura de éstos. Lo mismo sucede con don Quijote. Se le admira y a la vez se le compadece por loco. Pues, señores, si creéis que está loco de remate negadle, no le hagáis caso, y menos llaméis libro inmortal a la historia de sus hazañas. Pero no sucede esto. Sino que se le rodea de equívoco. Sus grandes hechos se barnizan con locura, o con tontería, o bobería, y éste es el medio de que no haga sombra su inmensa personalidad.

Nosotros también en este libro llamaremos loco a don Quijote, pero ya se sabe qué concepto tenemos de esta locura.

En efecto, nuestro hidalgo, a tanto leer y reflexionar, se volvió loco. Sus horizontes se hicieron tan amplios que comprendieron el mundo todo, y entonces, ya dueño, muy dueño, de su gran personalidad, se le introdujeron en el ánimo deseos de hacer una especie de cruzada por la vida, de inspeccionar con más detenimiento aquellos lugares umbrosos, de los que no sabía sino eso: que en ellos reinaban las sombras.

Y madurando su proyecto, que él acariciaba como una idea magnífica, se dio a preparar toda clase de cachivaches necesarios: Primero, una protección, un amparo, y no vaciló en cobijarse bajo las alas del Gran Espíritu. Segundo, un nombre, que comprendiera en sí la significación de sus propósitos y el respeto debido a su alta alcurnia en la Aristocracia suprema. Después, otras cosas, fútiles, un buen caballo, armas y la brisa ortal que acariciara su primera salida. Por nombre eligió el de don Quijote de la Mancha; por buen caballo, a

«Rocinante»; por armas, unas que habían sido de sus bisabuelos, «tomadas de orín y llenas de moho».

Y como reunión, vértice o cúspide de todos estos preparativos, don Quijote se provee de un gran amor al empleo que va a dar a sus energías. Sabe que sin amor a una profesión, a un oficio, no pueden obtenerse los rendimientos máximos.

Y heme aquí a don Quijote en el campo, obligando a su locura a hacerse realidad tangible. Pero nuestro héroe no es un indisciplinado; posee muy poca cantidad de orgullo, aunque se crea en su oficio el más perfecto, valiente y esforzado de los que han existido hasta la fecha. Reconoce fuerzas superiores, y, sobre todo, sabe que para entrar en el ejercicio de su profesión necesita armarse caballero. Y esto lo ejecuta en un castillo que encuentra a las pocas horas de marcha en su descalabazado «Rocinante». Este castillo no es tal castillo, sino venta. Pero en la realidad de don Quijote es castillo, y como tal lo hemos de aceptar, so pena de creer a nuestro héroe un pobre loco.

En este castillo, después de algunas incidencias, es armado caballero con todas las ceremonias propias del caso. Y hemos de aceptar estas ceremonias como una realidad quijotesca. Nada de risas ni de burlas. Don Quijote es ya caballero andante, y sale del castillo, o venta, dispuesto a llenar su nombre de laureles y a hacer que muchos mentecatos reconozcan la superioridad sobre toda otra cosa del Gran Espíritu. Este es uno de los motivos¹ que impulsan a don Quijote a salir al campo: proclamar la superioridad del Gran Espíritu, hacer que no se desconozca esa superioridad.

Quizá, nuevo Sócrates, esté convencido de que las sombras que piensa disolver sean tales porque entre ellas no se tiene noticia de esa superioridad que él predica. El sueño más hermoso, ingenuote diríamos hoy, de Sócrates era que «no le parecía posible hacer el mal sino por desconocimiento del bien». Este pobre Sócrates hubiera, sin duda, muerto de pena en esta sociedad de sabios, donde todo se conoce y donde, sin embargo, encontraría tantos defectos. Y don Quijote, al salir al campo, cree que una de las cosas más principales que debe hacer es que se conozca la superioridad del Gran Espíritu. Yo afirmo que don Quijote y Sócrates habrían entablado pláticas interesantísimas, y hubieran sido los mejores amigos del mundo. Don Quijote le lleva a Sócrates la ventaja de unos cuantos siglos. Estos siglos hacen que don Quijote conozca mejor a los hombres, y salga al campo con armas ofensivas.

Ya tenemos a don Quijote armado caballero. Ya puede ejercer sobre los ámbitos la presión necesaria de su brazo fuerte. Ya su cabeza fulge como la del Hombre Único.

¹ Ya se verá más adelante cual es su primer motivo.

II. DIÁLOGO

(Es de noche. Cervantes y yo caminamos en pos de don Quijote, que salió de su casa hará una media hora, llevando por escudero a Sancho Panza. Es ésta su segunda salida. No sabemos lo que le sucedió en su primera, de donde regresó muy quebrantado y abatido, según me dice Cervantes, porque quiso que unos mercaderes reconociesen sin más ni más la fuerza suprema del Gran Espíritu. Ahora va, como hemos dicho, en compañía de Sancho Panza, un rústico que no está loco, y que va con él soñando en una Ínsula o Gobierno donde pueda desarrollar sus cualidades de hombre inteligente. Don Quijote, sin embargo, cree que Sancho también está loco.

Se equivoca. El gran don Quijote no posee un sentido observatorio muy perspicaz, y por eso no es de extrañar que tenga formado de su escudero un juicio erróneo. Ya damos alcance a don Quijote. Nos situamos detrás, a unos metros de distancia, sin ser vistos. Oímos la conversación que sostiene con Sancho. No nos interesa. El Gran loco pretende calmar las apetencias de mando que padece el mentecato de su escudero. Cervantes y yo hablamos también.)

Yo.— He aquí las dos figuras que buscábamos.

Cervantes.— Sí, mis figuras.

—¿Eh?

—He dicho que tenemos a la vista mis figuras, o sea, más claro, dos hijos míos.

—Hombre, hombre. No tanto. Me parece que hay error en tus palabras.

—¿Cómo?

—Sí, porque éstos no son tus hijos. Vamos a probarlo: dime, ¿por qué los conoces?

—Pues, verás: Uno, ese tan flaco y de catadura tan extraña que va subido sobre «Rocinante», es un hidalgo loco de Argamasilla. El otro, el que camina sobre el asno, es Sancho Panza, un ingenuo también de Argamasilla, muy rústico y de muy poca cabeza el pobre. Pero, ¿es que no has leído el libro que yo compuse sobre las hazañas del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha?

—Sí, y muchas veces; pero no reconozco a ninguno de los personajes de tu historia.

—Pues es raro, porque son estos mismos que caminan delante de nosotros.

—Me parece que no, amigo Cervantes.

—¿En qué te fundas para decir eso?

Hago que Cervantes mire a la llanura. En ella, don Quijote arremete con furia a unos gigantes. Cervantes, al verlo, se pasa la mano por los ojos, como para asegurarse que estos transmiten al cerebro la visión exacta.

No sabe qué decir ante aquello. Porque, efectivamente, don Quijote lucha con unos enormes gigantes. Por fin, dice:

—Oye, Ledesma. Yo veo gigantes. ¿Estaré yo también loco como mi don Quijote?

—Claro, hombre, claro. Ahora estás loco, de locura quijotesca.

Cervantes, sin embargo, sigue pasándose la mano por los ojos. No lo quiere creer. Pero él ve gigantes. La realidad es que ve gigantes. Al fin, exclama:

—¿Oyes lo que dice ese imbécil de Sancho? Da voces.

—Sí, le dice a don Quijote que se detenga, pues no hay tales gigantes, sino molinos de viento.

—¡Pobre loco, Sancho! ¿Por qué verá molinos donde hay gigantes?

—Tú lo has dicho ahora. Porque está loco.

—¡Ah!, ¿pero está loco Sancho?

—Así parece. Quien ve molinos donde hay gigantes, debe estar loco.

En esto, vemos que don Quijote rueda por el suelo. Cervantes no puede sostenerse y exclama:

—Vencieron los gigantes. Han matado a don Quijote.

—Eso es imposible. Don Quijote no puede morir sino a manos de sí mismo. Pero vamos a ver si está herido.

En efecto, don Quijote está herido, pero no muerto. Una prueba de que no está muerto son sus palabras: «... aquel sabio Frestón ha vuelto estos gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento.»

Nosotros todavía no nos convencimos de que aquellos fueran molinos. Pero tuvimos que rendirnos a la evidencia. Y sentimos algo así como un hormigueo en el cerebro que nos obligó a cerrar los ojos violentamente. Al abrirlos, tocamos las piedras con la mano. Y una desilusa melancolía pone en nuestros labios:

—Son molinos.

—Son molinos.

—*Son*, pero no *eran* —balbuceo yo.

—Son y eran —dice Cervantes.

—¿Crees todavía que éste que vimos es tu don Quijote?

—Sí, me parece que sí. Pero no lo creía yo capaz de volvernos locos a nosotros.

—Es, amigo Cervantes, que este Quijote tiene tres siglos más que el tuyo. Y ha adquirido tanta fuerza que a su lado tú eres un pigmeo. Hoy hay ya muchos que no se ríen de don Quijote, cosa que, sin duda alguna, no sucedería en *tu* tiempo. Fíjate que digo en *tu* tiempo. Cada vez apareces más pequeño, porque don Quijote es cada vez más grande. ¡Y pobre del autor que crea un ser capaz de engrandecerse! Don Quijote es hoy grande no porque lo hicieras tú, sino porque se ha hecho grande él a sí mismo. Y es que es muy distinto engendrar un hijo a crear una personalidad. Y si el hijo se hace personalidad, no dudes que es por su propio esfuerzo. Y tú creaste un hijo, no creaste una personalidad.

Cervantes quédase pensativo al oírme estas palabras. Luego, exclama:

—Es un mal hijo ese don Quijote. Yo lo hice loco y loco ha debido continuar.

—Si loco sigue, amigo Cervantes. ¿Sabes quiénes eran esos gigantes que acometió?

—No lo sé.

—Yo tampoco, pero me parece que si lo supiéramos, mejor dicho, si lo hubieras tú sabido al escribir la aventura, lo habrías llamado dos veces loco: Una, por ver gigantes donde había molinos; otra, ya dentro del mundo de don Quijote, porque dado caso de que fueran realmente gigantes, se atrevió a acometerlos cara a cara. La primera locura se la atribuyen los hombres *cuertos* y se la atribuyes tú. Pero la segunda, ni tú ni los hombres *cuertos* podéis atribuírsela, porque para vosotros permanecerá siempre en el misterio el saber quiénes eran esos gigantes.

—Lo que estoy viendo, y me extraña mucho, es que tomáis en serio a don Quijote.

—Tú lo has dicho, hombre, y muy en serio. Consideramos tu libro como el más grande que se ha escrito.

—Pues me parece muy mal. Si es por honrarme a mí, bien podíais haber elegido el «Persiles», que está mucho mejor hecho y pondría mi nombre a una altura más apreciable.

—¡En qué error vives! A tu «Persiles» no le damos importancia alguna. Y en cuanto a la gloria de que rodeamos al «Quijote», no creas que somos tan cándidos que te la atribuimos a ti íntegra.

—¡Ah! Ya me lo explico todo. Es que os fijáis demasiado en el discurso que sobre las armas y las letras puse en boca de don Quijote, y quizá también en los consejos que dio a Sancho cuando éste iba a gobernar su Ínsula.

—Sigues desbarrando, amigo Cervantes. Nosotros vemos la grandeza de don Quijote en las acciones que tú presentas como sus mayores locuras.

—Pues no me lo explico.

—Y no te lo explicarás hasta que no sepas quiénes eran los gigantes que acometió don Quijote.

—Me parece que estáis más locos que él.

—Quizá, quizá.

III. LA DICHA DE DON QUIJOTE

Nos hallamos, ya lo dije antes, en presencia de una gran intimidad. Don Quijote dueño de su ambiente, es un hombre feliz en toda la extensión de la palabra. Y su felicidad nace, más que de cualquiera otra cosa, de la ignorancia de un vocablo: finalismo. Es el realizar todas sus acciones guiado por el voluptuoso placer de los verbos activos. Siempre actual, siempre eterno.

Y es necesario convencerse de que el origen de la dicha no puede ser otro que el placer del propio *realizar*. Don Quijote va al encuentro de los peligros y de las aventuras arriesgadas sin anhelos de consecuencia. Es el placer momentáneo de gustar todas sus acciones, saboreando minuto a minuto la energía prodigada en los esfuerzos. La dicha de don Quijote, dicha de un hombre que vive en sí mismo y se alimenta de sí mismo, consiste en emplear su fuerza en satisfacerse. Es el hombre que trabaja, convirtiendo este trabajo en flores. Porque los significados de *ser* y de *trabajo* tienen una correspondencia íntima. Hasta hoy, quizá sea don Quijote el único que vivió su vida más plenamente. Don Quijote es la plenitud de plenitudes. No es éste que obra, trabaja y se mueve guiado por una esperanza de realización. Y la suma de la obra y del trabajo de un ser constituyen la vida de este ser. La dicha del hombre, vuelvo a repetir, es la satisfacción del absorberse. Y el absorbente más voraz de una vida es lo que llamamos trabajo. ¡Infeliz el que se pasa toda su vida trabajando sin elevar este trabajo a una cúspide de sublimidad! ¡Desgraciado el enfermo que hace transcurrir sus horas amarrado con cilicios a una cama ilusoria de redención!

La quimera de don Quijote es inmediata. No va sufriendo por la vida, buscando méritos para un mañana de ilusión. No. Don Quijote es el hombre que consiguió hacer de su vida un alimento. Pero es necesario tener la seguridad de que ese alimento que ha de nutrir nuestra vida es el manjar más rico que existe. Don Quijote sabe —basta con que lo sepa él— que sus pasos por la tierra dejan huellas de grande hombre.

Y don Quijote es lo que es, representa lo que representa, porque hizo de una intimidad todo un mundo.

Yo soy el que ha dicho en alguna parte: «El que encuentra gusto o placer diciendo u oyendo tonterías, debe decirlas u oírlas; pero debe aceptar sin protesta que se le llame tonto de capirote». Y es que admito categorías en el mundo del Intelecto. Yo sé de Aristocracias y de clases medias y aun de clases mínimas en la región de las ideas. Y yo sé, y lo sabe todo el mundo, que es esa Aristocracia del Intelecto la única que trabaja y vive gozando de su trabajo y de su vida plenamente. Y los hombres que no pertenezcan a esa Aristocracia es muy difícil que puedan obtener de su vida un rendimiento máximo en las altas valoraciones de la felicidad. La prueba más clara de que es esa Aristocracia del Intelecto la representación de los vértices elevados la tenemos en que solamente mirando a su través se advierten existencias nulas. Un Aristócrata del Intelecto sabe que se viven muchas vidas que ni aun con telescopio podrían percibirse desde un alto sitio.

En cambio, ¿puede decir lo mismo un emperador que domine cien naciones? ¿Creería nadie, si tuviera la desfachatez de decirlo, que desconocía la existencia de una plebe hambrienta y desastrada? ¿Los hechos de ese emperador serían tan profundos que no pudiera llegar a comprenderlos el mendigo más simple? La respuesta a estas interrogaciones nos haría reír si a la vez preguntásemos: ¿Qué gesto haría ese emperador en presencia de un libro de Kant?

Y corresponde al ser la conquista del medio adecuado. Porque la única manera de tener plena conciencia de un medio, de una cosa, es apoderarse, violentamente si es necesario, de ese medio o de esa cosa. Yo saboreo, ahora en mi juventud primera, con una fruición exquisita, todos mis choques con las fuerzas extrañas, y me parece lo más grato de una vida

la libertad para una lucha franca entre el individuo y *algo*. Y el ansia de reforma que exalta a las juventudes vigorosas no es sino una mostranza de personalidad, nunca desdeñable, y a la que lo ya constituido debía acoger con unción y respeto. Afirmando que la edad joven representa en el hombre el máximo de fuerza, y que debe tenderse a que las direcciones sean juveniles, pues son las únicas que podrán algún día obtener de la palabra libertad suficientes realidades para colmar los ímpetus de juventudes próximas. Y en estas líneas sólo se hace alusión a la vida del espíritu, pues también aquí el problema eterno de la libertad es de una terrible y desastrosa importancia. Se ha dicho muchas veces que el hombre anhela eternizarse. Y yo digo que mientras una generación produzca veinte o treinta jóvenes serios e inteligentes, y estos jóvenes se vean impulsados al ejercicio iconoclasta de negar los valores pasados, no hay eternidad posible. El que se salven cuatro o seis *nombres* por cada siglo no quiere decir nada en favor de la inmortalidad del espíritu en todos los tiempos. ¡Y qué inmortalidad la de esos cuatro o seis hombres!

La juventud —no todos los jóvenes; hablé de veinte o treinta, serios e inteligentes, por cada generación— es lucha briosa para una conquista de bienestar. Y yo hablaría de juventudes eternas, como posible renunciación a las butacas muelles y cómodas.

Afortunadamente, los temas del espíritu representan una cuestión árida. Es aquí, sólo aquí, donde llegan, siempre voluntariosos, siempre con una inquietud hermosa y desinteresada, los hombres dispuestos a construir las pirámides ciclópeas que conduzcan a una eternización de sí mismos. Aquí, pues, las juventudes. Sabéis ya que es de aquí de donde se obtiene el manjar privilegiado de los mejores. Es posible que los que no tengan vocación ni suficiente entusiasmo para ello, la aridez primera de nuestros temas los haga volver atrás. Mejor que mejor.

No ha muchos días, un amigo llegó a mí muy desalentado y pesimista, porque después de continuadas meditaciones había descubierto una cruel metáfora, a cuya tiranía, bien a su pesar, se encontraba sumiso. «El defecto doloroso de la vida —decía mi amigo— consiste en que la sonrisa —la satisfacción, la felicidad— es como un pájaro que vuela sobre una atmósfera teniendo por único sostén sólido el dolor. Es decir, que sólo éste es permanente, y en él, después de un vuelo fugaz, cae el pájaro de la dicha.» Mi amigo necesitaba un consejo, y yo se lo di, valientemente: «Mata —le dije— ese pájaro que tú haces símbolo de la felicidad. En eso que tú llamas dolor puedes encontrar otra más superada». Y es que mi amigo llamaba felicidad a la satisfacción que le produjo el que un distrito lo eligiera diputado; y también, a un viaje de seis meses, llamado luna de miel, que realizó con su joven esposa por el extranjero. Esto —¿verdad?— no necesita comentarios.

El verdadero joven, el que encierra en sí mayores dosis de ímpetu y de vida, encuentra en sus funciones la alegría de un final. Obrando de otra forma, la juventud, y aun la vida toda del hombre, no pasaría de ser un paso en el vacío, un puente para avanzar en las tinieblas. Es imprescindible al joven la conciencia de creerse no una cosa próxima, sino una fuerza actual y completa.

Hemos presentado a don Quijote como el símbolo del hombre que ama fervientemente sus actos. Sancho, por el contrario, es el simple que espera conseguir algo por el esfuerzo de los otros. Ni siquiera, ya que él no obra ni realiza nada, tiene el gusto de saborear las acciones de don Quijote. Sancho se redimiría algo si, en medio de su simpleza, no considerara locuras los actos quijotescos, o si pudiera, contemplando, encontrar alguna atracción en sus hazañas. Sancho no comprende que don Quijote arriesgue su vida y pase malos ratos si no es con la esperanza de que en un futuro, más o menos próximo, consiga casarse con una princesa y ser un emperador de cien naciones. No sabe que don Quijote encuentra placer en el peligro y está íntimamente compenetrado con su vivir actualísimo y heroico. A Sancho no le mueve otro impulso que la esperanza de un glorioso mañana en que se vea gobernando una Ínsula. Todos los actos quijotescos sabe que son locuras, pero la agudeza práctica del simplón de Sancho pone delante de sus ojos que el conseguir una

Ínsula no es cosa que digamos muy natural, y nada tiene de extraño que para hacerse con ella se requiera que un don Quijote haga cientos de miles de locuras. Creer que Sancho considera a don Quijote ni un solo minuto hombre cuerdo me parece solemne tontería. Sancho es un yo de una pequeñez grotesca. Diríase que representa la influencia de cien siglos de naturaleza² sobre una sensibilidad primitiva. Fuera del círculo reducidísimo de su yo —un yo casi inexistente— percibió a duras penas una Ínsula. Desconoce y no podrá conocer nunca el trazado de una línea recta desde sí mismo al centro de su visión externa. Es la ceguedad y el desconcierto en presencia de algo que no comprende. Tratárase de llegar a conseguir un pollino, esto es, una cosa comprendida en su habitual visión, y a buen seguro que consideraría locura acompañar a don Quijote. A pesar de todo, Sancho consigue a veces que una ráfaga de luz le alumbre. Es cuando invita a don Quijote a ir a la Corte, donde podrán ser más prontamente divulgadas y conocidas sus hazañas. La experiencia que ha adquirido acompañando a don Quijote le hace ver la dificultad de que la Ínsula caiga del cielo, ni que pueda ganarla su señor en las aventuras de los caminos. Pero don Quijote, como las fuertes personalidades que nada necesitan del aplauso, desdeña la proposición Panzuna. Don Quijote, que sabía latín y quizá, por tanto, hubiera leído a Persio, pudo haberle contestado con la interrogación del poeta: «¿No es nada tu saber si otro no sabe que tú eres sabio?». Y no es que don Quijote no anhele fiestas y no sueñe con las mercedes a que le hace acreedor su arriesgado oficio, no. Tampoco el verdadero sabio desdeñaría que los demás conozcan y hasta celebren su saber. Pero sería pueril pensar que un sabio trabaja y estudia con los ojos fijos en las recompensas que la admiración de sus semejantes puedan concederle en un mañana más o menos próximo. La mixtificación, sin embargo, llega en nuestros días al extremo de que Sancho se disfraze de don Quijote. El disfraz, como todo el mundo sabe, permite que se haga uso de él cuando a uno le convenga. La Literatura misma presenta hoy entre sus cultivadores muchos Sanchos disfrazados de don Quijote. Y esto produce algunos rendimientos, esto es, algunas Ínsulas. Pero Sancho no es creador de nada; así los literatos a que me refiero. ¿Cómo producen, entonces? Pues muy sencillo: *Une mélange de quijotismo et de lieux communes. Tout aberration sexuel*. Y perdónenme los franceses. Toman del quijotismo la apariencia.

Durante la cena con unos cabreros, Sancho tiene en poco las mercedes que le hace don Quijote sentándolo a su lado y consintiendo que beba y coma en su misma copa y plato. Y aquí comienza su sandez y atrevimiento. Él puede prescindir muy bien de esos melindres; como no puede vivir es sin Ínsula, ¡pobre hombre Sancho! Todo lo que se escriba contra este Panzuno es poco. Y hoy vemos, desgraciadamente, triunfar a Sancho. Sancho triunfa hoy porque —ya lo dije antes— se ha disfrazado de don Quijote, y se ha hecho algo inteligente. Yo contemplo con amargura esas manadas de jóvenes que todos los años aparecen en la República literaria, desflorando su virginidad con una novela pornográfica. Son los nuevos Sanchos, esos Sanchos de hoy, algo inteligentes, que ya no son sencillos siquiera, y a los dos palos que dio don Quijote a Sancho por reírse éste de la aventura de los batanes, contestarían pisoteando al Gran Espíritu. Son los Sanchos que vienen al Arte o a la Literatura a ganar dinero, poniendo precio a un talento que *creen tener*. Yo les diría que no profanaran los dones de las Musas, buscando en la ciencia los bienestares materiales que desean. Ahí están —¡oh!, nuevos Sanchos— la Medicina, la Ingeniería, la Abogacía y otras *ías* donde el *verdadero talento* se paga con creces. Es muy necesario que la República de las Letras pague cincuenta duros mensuales a un individuo que se encargue de manejar un látigo con destreza. Y hay que poner a este individuo en la frontera de la República para impedir la entrada en sus dominios a estos nuevos Sanchos.

² Y la naturaleza, lo ha dicho el siempre admirable Ortega y Gasset, es incultura.

IV. DIÁLOGO

Cervantes y yo caminamos, incansables, en pos de don Quijote. Como todo el mundo supondrá, nuestras charlas son animadísimas, matizadas siempre por una lucha de épocas. Ayer le pregunté a Cervantes si le agradaría el título de «Crítico de las hazañas de don Quijote», y me contestó, algo desabrido, que en manera alguna, que él no ha criticado a don Quijote, sino a las costumbres caballerescas. Le hice ver el fondo genial que aletea en su inmenso libro, y por curiosidad, quise que me explicara el cómo y el porqué de algunos de sus pasajes, de los que yo considero una cosa así como los puntales que sostienen lo máspreciado de la mole quijotesca. No me satisfizo su respuesta; menos aún lo que me dijo respecto a la misión del Bachiller Carrasco. Este Bachiller me parece a mí uno de los tipos más interesantes del libro, y después de don Quijote será del que la obra genial obtiene mayores rendimientos. Pero en su lugar hablaremos de Carrasco con la extensión debida. Ahora, cuando ya vislumbramos a don Quijote y a Sancho empequeñecidos y escorizados por la lejanía, inicio un nuevo diálogo:

Yo.— ¿Haces que aletee en don Quijote una moral?

Cervantes.— Aquí me parece que se estrellan vuestros esfuerzos por hacer de don Quijote una cosa única. Sí, don Quijote sigue la moral cristiana, pero, claro es, desfigurada por su locura.

—Bien. Pero don Quijote, loco, de locura quijotesca, ¿tiene una moral?

—No. Su proceder es consecuencia de una moral arbitraria; mejor dicho, de una inmoralidad.

—Luego don Quijote obra impulsado por la razón de los hechos.

—Tampoco. Don Quijote acoge los espectáculos según el reflejo que en ellos hagan sus lecturas.

—No, hombre, no. Don Quijote posee la moral de la amoralidad, que no es igual que la moral mala, y ya sabemos que sus pasos por el mundo son algo así como una siembra de procederes nuevos. Don Quijote no se da cuenta de que él no es como los demás. Se cree, sí, distinto a los hombres, pero las diferencias que admite son sólo diferencias de jerarquía. Y no es eso: Don Quijote es otra cosa que un grande hombre. Su mundo no es nuestro mundo. Y aquí están el error y el fracaso quijotesco. Su vida entre los humanos es una quimera, una fantasía, pero él posee una realidad muy poderosa en su interior, que no es aplicable, que no puede ser aplicable a nuestro mundo. Amigo Cervantes: Don Quijote predica la amoralidad, que viene a ser una moral fundada en su desconocimiento. Don Quijote se mueve en nuestro ambiente mezquino soñando. Pero es que la realidad de don Quijote, su cordura en su mundo, haría en el nuestro un efecto análogo al de unas campanas de mucho peso sobre una torre decrepita. Esa torre no podría sostener unas campanas muy flamantes.

Cervantes me oye con sonrisas, esas sonrisas suyas tan heladas y certeras, que, unidas a su melancolía de siempre, producen en mí algún pavor. Luego me dice, casi riendo a boca llena:

—Me parece que le buscas cien pies al gato.

—No. Lo que hago es buscarle los cuatro, porque sé que los tiene. Otros no ven más que dos, o uno, o ninguno, y se conforman, seguramente porque toman por pies la cola y la cabeza del gato.

—Con esto, nos hemos olvidado de que estamos muy cerca ya de don Quijote y según mi historia pronto debe sucederle algo importante.

Miramos al camino y contemplamos la escena que forman don Quijote, Sancho y los cautivos que van a galeras. Vemos cómo habla don Quijote con los cautivos, y después de un rato, cómo pelea con sus guardianes. Al fin, éstos huyen, y los cautivos se despojan de sus cadenas y quedan libres. Luego vemos cómo los cautivos, ya libres, rodean a don Quijote y hablan con él; seguramente le dan las gracias. Pero sucede algo inaudito: Los libertados se separan de don Quijote, y no atienden a las exhortaciones que éste les hace para que vayan a postrarse ante el Gran Espíritu —Dulcinea dice el libro— ya que es a él a quien deben la libertad, pues no habría caballero andante si el Gran Espíritu no le amara y protegiera. Los cautivos consideran esta postración y este compromiso como un absurdo, y en vez de contestar con el disimulo y la fuga, la emprenden a pedradas con don Quijote.

He aquí los hombres franca y noblemente hostiles a don Quijote. Otros que no fueran ellos lo hubieran llamado loco, y aquí terminaría su hostilidad. Estos, además, lo apedrean, lo soban y muelen a golpes. Don Quijote habla después de la soez canalla que no es agradecida, y deplora momentáneamente su acción libertaria. Es de suponer, sin embargo, que don Quijote repitiera su hazaña si a los pocos minutos encontrase ocasión para ello. Los cautivos, claro es, no sabían qué era eso del Gran Espíritu. Pero don Quijote no comprende que haya nadie en el mundo que lo desconozca, y a la menor duda sobre la existencia o su grandeza única, arremete con toda la fuerza de su ímpetu. Hablé antes de Sócrates, y dije que don Quijote y él se entenderían a las mil maravillas. Más de una vez, leyendo el Quijote, me he acordado de Sócrates. Y en mis ratos de fecunda meditación, más de una vez también, me he complacido en imaginar a Sócrates en compañía de don Quijote buscando aventuras. Y como reciprocidad, he imaginado también a don Quijote librando de la cicuta al buen filósofo.

Porque el quijotismo de don Quijote no puede ser otra cosa que locura para nosotros. De este libro sólo podemos obtener abstracciones, hermosas y fecundas abstracciones, pero nada más. Ni el más ferviente quijotista querría padecer su locura. Pero quizá sea esto el fondo más significado de genialidad. Afirmo que no podrá nunca ser genial una obra de filosofía. Las obras de Kant, de Descartes o de Nietzsche no son obras geniales. Lo es, sin embargo, el Quijote, y lo es una tragedia de Shakespeare. Pero Kant, Descartes y Nietzsche serán siempre más grandes que Cervantes o Shakespeare. Yo preferiría un diálogo con Ortega y Gasset, el filósofo de nuestro tiempo, a un diálogo con el novelista o poeta más genial de la época.

Don Quijote nos muestra cosas inalcanzables. Yo leeré el Quijote siempre que tenga apetencia de algo elevado. No se deben buscar en él exactitudes precisas, porque en el caso de que existan nosotros no podemos verlas ni sentirlas. Si queremos penetrar en esas exactitudes de su intimidad caeremos en el error en que cae él al pasear por nuestro mundo. Siempre habrá tinieblas en nuestras relaciones con don Quijote. No debemos considerarlo cada uno como un yo superado. Los yos superados son grandes hombres. Y ya dije antes que don Quijote no es lo que nosotros llamamos un grande hombre. Es una cosa única, y tratamos de su pensamiento y de su espíritu porque nos hemos percatado de su genialidad, y le hablamos con nuestras palabras más aristocráticas y distinguidas, pero reconociendo que ése su pensamiento y ése su espíritu no son los de nuestras visiones y realizaciones más profundas.

Por eso hablaba yo a Cervantes de la amoralidad de don Quijote. Con lo que no quería decir que siguiera una moral mala. Don Quijote, genuinamente quijotesco, no sabe lo que es la moral. Pero ya hemos probado que padece un error: El de no creerse único en nuestro mundo, el de obrar creyendo que trata con *semejantes*. Este error barniza a veces sus actos con una moral. No debemos creer en su existencia. Don Quijote no sabe que libertar a unos cautivos significa ir contra la moral humana. Don Quijote no sabe que la moral humana prohíbe sacar a las doncellas de los conventos cuando sus familias las metieron allí por contravenir esa misma moral. Don Quijote no sabe esto, ni quiere saberlo ni lo necesita

saber. Le basta estar convencido de que los cautivos van a galeras contra su voluntad, y de que esas doncellas no están de muy buen grado en los conventos. Y voy a aprovechar la coyuntura para hablar un poco de la moral, aunque tenga que coger esa coyuntura por los cabellos como Sancho a sus refranes. La moral no resiste valoraciones muy profundas. Yo nunca le he concedido importancia ni creo que deba tenerla. Creo innecesario tener que decir que me refiero a los preceptos, códigos o exigencias morales que se le impongan a un individuo para su vida en sociedad; no a lo que dentro de todos haya de *reflexión moral* o de instinto sociable. Todo el mundo estará de acuerdo en que no existiría la moral —los preceptos morales— si los hombres tuvieran siquiera una parte mínima de tales. La moral es una filosofía a flor de piel, estéril e innecesaria. La moral tiene dos extremos que la absorben, o que deben absorberla. Un extremo es la fuerza organizada, las fuerzas de policía y saneamiento público. Me parece pueril decirle a un hombre que va contra la moral cuando comete un crimen, o cuando roba, o cuando tiene por única ley la bravuconería de su vigor físico, o cuando es promotor de injusticias, o cuando, desde un puesto público, comete toda clase de desafueros. Y me parece asimismo atrevido que en nombre de una moral se le impongan a un individuo rutas íntimas a seguir. La moral propiamente dicha es labor de policía. No imponemos la moral a los animales, mejor dicho, sí se la imponemos, pero le damos el nombre de doma, y la ejercemos por medio del látigo. El hombre es depositario de una fuerza, y nos interesa tomar posiciones para que esa fuerza no se emplee en perjuicio de un tercero. ¡Pero llamar moral a una norma del espíritu! ¡Decir moral cristiana, moral culta, moral jesuística! ¡Llamar o decir que una moral es mejor que las demás morales! Eso no debe ser. La moral es única, y las cosas únicas necesitan ser excepcionalmente grandes para que podamos percibirlas. Porque es la discusión, es el encontronazo de fuerzas lo que eleva las figuras por obra y gracia de los choques. Los preceptos morales son cuatro reglas, ingénitas hasta en el hombre más rústico. Pero algunos grandes hombres, que se han sentido lo suficientemente orgullosos para pretender una dirección e imponerla a los demás, cometieron la desfachatez de llamarse moralistas. Son los creadores de hormigueros, de cuya influencia nos debemos librar a todo trance. Las teorías, los sistemas, las ideas, son altos refugios y hermosos salones donde el espíritu de los hombres encuentra grato solaz. Nietzsche no es un moralista: es un filósofo y un poeta. El filósofo, al crear un sistema, busca una verdad, una alta verdad que resuelva incógnitas importantes. Luego, unos hombres quieren aplicar ese sistema a sus cosas. Quieren hacer del sistema filosófico una moral, porque es ésta la única que influye en las muchedumbres.

Es necesario, dirán, que los hombres, el espíritu de los hombres, apruebe una misma visión de las cosas, tenga una misma moral en sus relaciones espirituales. Y resultan de aquí consecuencias pintorescas: Fundados en las ideas de Comte, en un país republicano los realistas pretenden restaurar la monarquía, y en un país monárquico proclamaron la república. Hay que desconfiar de todo lo que por esos mundos de Dios se llama moral. La moral no debe existir en los terrenos del espíritu. Aquí nadie tiene dominio sobre nadie, y no hay fuerzas constituidas para una moral determinada. La alta idea no tiene detrás de sí fusiles ni bayonetas; tiene como único poder de persuasión el poder de su verdad. Por eso la moral es una palabra vacua. Propia de Quijotes falsificados o de Sanchos vividores. Y por eso las religiones no podrán contar nunca entre sus adeptos a ciertos grandes hombres: una religión que es sólo una moral, es un mito muy flojo para ensartar a un grande hombre. La moral, pues, queda probado que es innecesaria. Los hombres, para la buena armonía en sus relaciones, no la necesitan. La filosofía, para existir y propagarse, tampoco necesita nada de ella. Don Quijote no sabía lo que era la moral.

V. DON QUIJOTE Y UN CANÓNIGO

Don Quijote creía de buena fe que iba encantado en el carro de bueyes donde la tontería del Barbero y del Cura de su pueblo lo encerraron. Aquí, asistimos a una de las luchas que don Quijote sostuvo con lo que él pudiera llamar muy bien «el error». Don Quijote, en su paseo por las realidades del mundo de los hombres, es una cosa quimérica, que se abre camino entre fantasías, y, por lo tanto, fácilmente engañable por todo el que se lo proponga. No olvidemos que el don Quijote más palmario del libro de Cervantes no nos ofrece la visión completa de su personalidad, y que es de ahí de donde tenemos que obtener, siquiera sea todavía entre sombras, el Quijote verdadero que aletea en lo alto. A mí no me extraña nada que don Quijote explique «por vía de encantamiento» todos los choques con una realidad distinta a la suya. Y menos me extraña su candidez cuando cree las mentecateces de Sancho o las historias de todas las princesas Micomiconas. Sabemos que don Quijote no se ha adueñado de la realidad nuestra, y es muy natural que frente a ella sus actos nos parezcan a veces actos de imbécil. Pero lo inmenso de don Quijote consiste en que sus locuras nos abren como las puertas de un hermoso recinto, donde nosotros no podemos penetrar sino por intuición, y cuya presencia ante nuestros ojos hace que hablemos de sublimidad y de genialidades quijotescas.

Ahora nuestro «sublime genio» va en un carro de bueyes, creyéndose encantado por un sabio malévolo. La casualidad hace que un canónigo se ponga al habla con don Quijote. Este canónigo tiene comenzada una historia caballeresca, ha leído por lo menos tantos libros de caballerías como don Quijote, y es muy versado en toda clase de especulaciones que tengan por origen un libro y una meditación amplia. A este hombre las lecturas no le han vuelto loco como a don Quijote ni le han hecho percibir los extensos horizontes que a don Quijote. Lógicamente, podemos llamarlo mentecato. Don Quijote seguramente lo llamó así para sus adentros. Yo no he leído, ni pienso leer nunca, un libro de caballerías. Creo no deben leer estos libros sino quienes estén dispuestos a salir al campo buscando aventuras andantescas. Quienes, en una palabra, quieran ser Quijotes. Pero ya sabemos que no todos los lectores de libros de caballerías se han vuelto locos, y yo añadiría: no han podido volverse locos. De modo que si Cervantes se propuso con su libro satirizar a los lectores de historias caballerescas, lo consiguió por dos caminos: Uno, el de su Quijote superficial, hombre loco y bastante imbécil; otro, el que se transparenta a través del encuentro de un gran Quijote, hombre inmenso, y sobre todo, cosa única. Si la única virtud de los libros de caballerías es producir hombres inmensos como don Quijote, y estamos convencidos de que don Quijote fue, es y será único, se agotaron ya sus posibilidades de producir «genios». Esto lo digo para librar a mi conciencia de un temor. Este temor consiste en que puede existir algún aspirante a genio que al ver cómo ponemos a don Quijote por las nubes, llamándolo «genio sublime» y haciendo honroso el sustantivo quijotismo, se dé a leer libros de caballerías y a querer volverse loco. Por eso digo y redigo que don Quijote fue, es y será único, sin que sea posible que sobre la faz de la tierra aparezca nadie que reúna íntegramente todas sus cualidades. Don Quijote en esto se parece a Jesucristo, pues muy difícil es que éste haga otra visita a los terrenales, aunque bien es verdad que hace mucha falta, siquiera sea para apostrofar a los que lo han explotado tan inicualemente. Medio en serio, medio en broma, me decía el otro día un amigo que las luchas comunistas recrudescidas estos años no significan otra cosa que la vuelta del cristianismo por sus fueros. Yo me sonreí, no le contesté y me puse a leer «La revolte des anges», del bueno de Anatole France, que ha muerto en estos días. Pero vayamos a nuestros fueros del literato que escribe un libro sobre el Quijote: El canónigo y don Quijote conversan.

El canónigo cree loco a don Quijote, y éste cree al canónigo un pobre hombre cuerdo. Es muy interesante la conversación que sostienen. El canónigo comienza diciendo que le parece mentira que un hombre de tan gran entendimiento como él crea que son verdad las

historias caballerescas. Don Quijote defiende lo contrario. Ambos forcejean un buen rato, y nadie logra convencer a nadie. Difícil puede ser que se convenzan uno a otro, porque las palabras de don Quijote no llegan al canónigo, y las aseveraciones del canónigo no llegan a don Quijote. Hasta hablando de los mismos héroes, cada uno los ve de su manera.

No puede negar el canónigo la existencia de un Viriato, de un César, de un Cid, de un Diego García de Paredes, de un Gran Capitán. Don Quijote ve a estos personajes sólo en sus analogías con Amadís o con Felixmarte de Hircania. El canónigo los ve según la historia, y ésta es para don Quijote un muy mediocre libro de caballerías.

VI. LOS ENEMIGOS DE DON QUIJOTE

Don Quijote tiene que luchar con dos clases de enemigos: El error de los hombres y la realidad de nuestro mundo. Mejor dicho, sus únicos enemigos son los hombres, pues éstos son también los que dan fuerza a esa realidad hostil. La diferencia entre las dos clases de enemigos consiste en que unos, los primeros, se proponen matar a don Quijote, esto es, suprimir su locura; y los segundos, luchan contra don Quijote con la inconsciencia con que matamos a una mosca, sin interrumpir nuestra labor, extendiendo la mano sin darnos cuenta de ello. A la primera clase pertenecen el Barbero, el Cura y Sansón Carrasco. A la segunda, todos los que contribuyen a que la realidad de nuestro mundo sea hostil a don Quijote. Sancho Panza es incatalogable. Tan pronto pertenece a la primera clase como a la segunda, pero siempre a alguna de ellas.

El Cura y el Barbero pretenden disuadir a don Quijote de que todos sus actos son otras tantas locuras, y le incitan a que abandone la caballería andante. Y este par de hombres cuerdos y mediocres ensayan toda clase de artimañas para hacer que don Quijote vuelva a la vida vulgar y aburrida de los hidalgos: Desde la destrucción de sus libros hasta enviarlo a la aldea encerrado en un carro de bueyes. Son todos medios pueriles, que no podían dar sino resultados momentáneos. Y no es que don Quijote sea inmortal —en el sentido físico de la palabra—, no, pero sí requiere para su destrucción armas poderosas.

Estos individuos creen hacerle un bien a don Quijote devolviéndole su juicio, no el juicio de don Quijote, no, pues éste ya lo tiene, sino el suyo, el de ellos. ¡Qué mediocridad la escena de la destrucción de los libros! ¡Qué solemnemente absurda la fingida historia de la Princesa Micomicona! ¡Qué grosera la caminata en el carro de bueyes! Estos pobres tontos perseguían una finalidad ingenua. Creían de buena fe que don Quijote podría sanar de su locura, sin saber que esto representaba para don Quijote nada menos que la muerte. La enfermedad mortal para don Quijote —al fin y al cabo hombre genuinamente quijotesco— sería el dejar de ser loco.

Sancho es un enemigo perenne de don Quijote. No por hombre inútil menos peligroso. Es Sancho quien ata las patas de Rocinante por miedo a la aventura de los batanes, y atribuye a «encantamiento» los resultados de su acción. Es Sancho quien alguna vez reniega de la caballería y de la escudería, y así lo manifiesta a su amo, pintando de paso lo agradable de la paz y lo hermoso de la quieta vida aldeana. Es Sancho quien hace que don Quijote vea al Gran Espíritu en una figura tosca y repugnante. Creo que esta acción de Sancho es una de las batallas más decisivas que se libraron contra la locura de don Quijote. Es Sancho quien por no confesar su negligencia hace tambalear a su amo con unos requesones. Es Sancho quien innumerables veces pone a don Quijote al borde de la muerte. Y Sancho, sin embargo, es el que más se interesa en que la locura de don Quijote siga su camino. Por este camino espera él la llegada de una Ínsula, y no vacilará en meter a su amo en la lucha con los vestiglos, gigantes y malandrines, sabiendo como sabe que por aquí podría llegar su felicidad insularia. Por eso, todas las luchas de Sancho contra don Quijote son inconscientes; no las guía el deseo de volverlo cuerdo —aunque bien sabe que está loco—, sino el de librar su propia persona de algún enredo o de algún peligro. Aquí se pone de manifiesto la maldad de Sancho, que no se sacrifica lo más mínimo por don Quijote, y que lo ama cuando este amor resulta compatible con sus propios intereses. Pero Sancho es ruin y cobarde, pudiendo su cobardía más que sus deseos de gobernar una Ínsula. Son muchas las veces que se tiende a la bartola, y en presencia de un peligro o ante la perspectiva de unos azotes, renuncia a sus anhelos insularios y demás mercedes propias de los escuderos famosos. Es que si conservara siempre sana su inquietud por la obtención de una Ínsula, Sancho lograría hacerse algo interesante. Casi una figura percibible.

Pero no olvidemos que Sancho espera conseguir por el esfuerzo de los otros, y que es Sancho aquel individuo que, oyendo a don Quijote enaltecer la profesión de los caballeros andantes, se mostró muy conforme con su situación actual de villano, y que le pareció de perlas la circunstancia de que por no ser armado caballero, nunca debía ayudar a don Quijote, ni aun en los lances de mayor peligro, pues otra cosa sería contravenir las leyes de la orden.

Don Quijote opone a las razones persuasivas del Cura y del Barbero la más rotunda negativa, y a los viajes en el carro de bueyes y a las mentecateces Panzunas les atribuye un origen «por vía de encantamiento», desconcertando así a sus «salvadores» y haciendo más patente su locura quijotesca. Y aquí viene la paradoja: El Cura y el Barbero con sus artimañas consiguen arraigar más en don Quijote su locura, pues le ofrecen medios para que ésta se manifieste más intensa.

* * *

Don Quijote es una continua quimera en nuestro mundo real. Sabemos, a pesar de ello, que una gran intimidad le ofrece sobradas posibilidades para forjarse un ancho ámbito donde la quimera o la fantasía no existen. Él penetró en nosotros, esto es, salió de sí mismo, pero conservando íntegra la propia significación. Aceptamos la idea de que las inquietudes internas del individuo lleguen a adquirir la máxima heterogeneidad de matices, constituyendo los que logran dar a esas inquietudes relieves supremos sendos microcosmos, de muy diversa y compleja variación de situaciones. Creemos de verdadera importancia y de consecución difícil el vivir dentro de los demás sin abandonar antes nuestras convicciones más genuinas. Y vivir dentro de los demás significa apoderarse de éstos, conquistarlos e imponerles una ruta, ya paseada por nosotros con una pureza y una nitidez cristalinas. Me parece que el hombre ha fracasado en sus anhelos de perforar individuos, adueñándose de sus cauces idealistas y señalándoles normas a seguir. Para formar rebaños de multitudes es imprescindible —esto lo han visto y *sentido* muchos organizadores— abandonar la propia personalidad y adaptarla a las exigencias más imperiosas o a las pasiones más significadas de esa multitud. Y es que la concepción anímica de un individuo —máxime si éste es un gran individuo— no se puede transmitir íntegra y pura a una conciencia extraña. Sale de aquí el alma colectiva, conglomerado de los matices análogos que existen en una diversidad de almas, con pretensiones de algo fuerte y compacto, que es más bien clamoreo tábido e infecundo. Y esto, y nada más que esto, es el socialismo en su esencia. En los siglos —siglos de prueba para la humanidad, donde aún nada ha florecido— pasados pueden advertirse algunos esfuerzos de otros tantos grandes hombres por transmitir a los demás convicciones más íntimas, y el fracaso, o la claudicación en sus afanes, es lo único que nos queda de su actuación estéril. Nadie como el orador puede darnos un reflejo de esto que decimos: He aquí el hombre, cuyos triunfos más resonantes son aquellos en que logra recoger con maniobra habilísima los deseos del auditorio, dando a estos deseos una forma tangible, que muestra a los oyentes como constituyendo ya una personalidad definida que él logró engarzar con supremo arte. Y la multitud, que ha oído el discurso estática y anhelosa, rompe en aplausos, aplausos que ella prodiga al orador, pero que un espectador profundo sabe dedicados a sí misma. La multitud que aplaude, se aplaude a sí misma, pues las ideas celebradas no son otras que sus mismas ideas. Y esto ha sucedido a lo largo de todos los siglos, comprendiendo épocas en que la masa estaba muy pocos grados por cima de la irracionalidad. En medio de sus aparentes triunfos, nunca el *hombre* ha triunfado sobre la plebe intelectual ³. ¿Qué sucederá hoy en que esparcidos por todas las escalas viven gran número de gentes poseedoras de fuertes intimidaciones, o en que la masa no es aquella masa de hace siglos? ¿Y qué significa ese socialismo, decadente antes de nacer, con sus pretensiones absurdas de desvalorización de los grandes focos individuales? Yo no veo en

³ Don Quijote dijo al caballero del Verde Gabán: «Y no penséis, señor, que yo llamo aquí vulgo solamente a la gente plebeya y humilde; que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en el número del vulgo».

todo esto más que una marcadísima y clara evolución a la libertad individual, cristalizándose las relaciones sociales en un puro gobierno democrático, constituido con pequeñas personalidades, más bien encargadas de formar, a la luz del día y sin miras a la originalidad, las leyes que reclama el bien colectivo de los individuos. Tendrá entonces la ciencia política esa mínima importancia que debe tener, y se despojará al hombre político de una carga con la que a todas horas vemos que no puede dar un paso. Son inmensas y muy variadas las preocupaciones de la humanidad para que la ciencia política —que no es ciencia ni es nada— absorba grandes hombres. El que un grande hombre se dedique por entero a la política me recuerda a mí, por múltiples analogías, el caso del que por salvar a un hombre mata a cuatro o seis. Porque aquí la preferencia es sensiblería, y ésta no cabe en los grandes hombres. Yo no sé si debemos o no deplorar esa impotencia del individuo para adueñarse de sus semejantes, para vivir en los demás con la misma desenvoltura que dentro de sí, aunque me parece que no es cuestión a la que debemos conceder muchas meditaciones. La corriente egocéntrica que deseamos para nosotros es posible que la deseemos también para los demás, y esto contrarresta las posibles ansias de imperialismo. Yo trato de reaccionar frente a la idea de que las dictaduras no son deseables, no por su esencia, sino porque requieren un hombre, y ese hombre no puede existir. ¿No puede o no debe? Es posible que algunos lectores no hayan comprendido todavía lo que pretendo con estas reflexiones. Es posible también que otros lectores sí hayan seguido con la vista la recta dirección de la flecha. Don Quijote, con su poderosísima fuerza de hombre único, poseedor de grandes recursos personales, fracasó rotundamente en su viaje por la vida. Y es que don Quijote se propuso vivir en los demás, sin renunciar a un solo atributo de quijotismo, tal y como era en su mundo íntimo. El fracaso de don Quijote significa la pérdida de la batalla del hombre contra el hombre, y es como una invitación a disolver los rebaños, una vez probado que la formación de éstos requiere en los directores una previa renuncia de su carácter. Y es ahora, en el siglo XX, en el siglo en que bulle una juventud anhelosa de grandezas, cuando se proclama el fracaso de don Quijote y se le considera como una liberación de males seculares. Declaramos hoy, con valiente algazara, que cualquiera que se proponga vivir en nosotros, apoderarse de nosotros, hará solemnemente el ridículo. Y esto, que las decrepitas y viejas organizaciones considerarán como un vuelo por atmósferas prohibidas, es para nosotros el primer artículo de fe, la fórmula primaria sin cuya adopción es imposible penetrar «en lo nuevo».

Está clarísimo, y a la vista del más ciego, que se camina con pasos de gigante al reconocimiento del hombre como la suprema categoría entre los valores percibibles, y que de esa revisión se salvarán únicamente los que posean algo propio, aquellos que supieron guardar para sí mismos las creaciones mejores como alimentos de una personalidad grande. Ya se ha dicho en Alemania que de este caos de decadencias lograrán salvarse las individualidades puras, aquellas que nada deban a nadie. Y no hayan respirado, por lo tanto, las atmósferas decadentes.

Repito que será en el siglo XX cuando el fracaso de don Quijote se considere como el primer triunfo de los nuevos ideales.

VII. SANSÓN CARRASCO

He aquí el símbolo de la equivocación poderosa. El Bachiller Carrasco es en el Gran Libro la antítesis de don Quijote. Su obra, sus propósitos, se elevan casi hasta el nivel de lo que anhela destruir. Es el hombre de los extremos, que de tanto avizorar en los horizontes llega a percibir las cabezas de sus antípodas. El Bachiller Carrasco simboliza también los espíritus infecundos y las almas cobardes. Incapaz de crear algo en la vida, vive del jugo extraído a las grandes personalidades. Es uno de aquellos a quienes fustigaba Saint-Beuve, que toman por ideas originales las sacadas de los libros, con sólo darles carácter de negación.

Por eso se nos presenta a veces como un socarrón, que ha hecho de su socarronería alimento predilecto. Es el hombre que vive encerrado en su equívoco, sabiéndose equivocado, sin intimidación propia, resguardando sus lamentables deficiencias con el uso perenne de las máscaras. Y es aquí donde se pone de manifiesto la paradoja más paradójica que puede imaginarse: Estos seres —pobres seres que no resistirían dos minutos de soledad— son propicios a la risa, y las líneas de sus semblantes enmascarados son voceros de alegrías amplias y ruidosas.

No es difícil que se hagan pasar por los hombres más felices del universo, siendo así que carecen de esas preocupaciones internas que sumen a los demás en las nieblas más impenetrables. Los Bachilleres Carrasco —mediocridades que tienen conciencia de su mediocridad, y por eso la tapan y desfiguran— son los mejor situados para adquirir la gran fama entre los tontos. Para ellos están guardadas las grandes heroicidades, y nadie más que ellos pueden tener la osadía de apoderarse de unas armas, proveerse de un escudero y luchar con don Quijote en su propio terreno. El Bachiller Carrasco no tiene para don Quijote esos inútiles discursos del canónigo de marras pretendiendo hacerle ver que está loco y que sus acciones son solemnes disparates, no. Carrasco lo adula, lo llama flor y nata de la andante caballería, le da cuenta de lo celebrada y leída que es su historia, y por último, le incita a lanzarse por tercera vez al campo para que la gloria y la ya grandísima fama de su fuerte brazo conquiste nuevos laureles, todo en bien de los menesterosos, de los oprimidos y de las desamparadas doncellas.

El ama y la sobrina de don Quijote —mediocridades que no tienen conciencia de su mediocridad, y por eso la muestran a la vista y examen de todos— creen loco al socarrón de Carrasco, o si no loco, un chusco que quiere reírse de su pobre amo y tío. Pero el Bachiller tiene meditado un plan, un plan en cuya formación entra el acierto de comprender en toda su magnitud la locura quijotesca, sin cuyo previo conocimiento bien sabe Carrasco que serían inútiles sus tentativas. Porque para la resolución de un problema, lo primero, claro es, es comprenderlo, y esto bien saben los Carrascos que está al alcance del más necio. La dificultad es *crear* un problema, plantearlo, obtenerlo de dentro de sí utilizando verdades íntimas⁴. Don Quijote, con su locura, crea un problema. Sansón Carrasco ve ese problema y lo resuelve violentando las verdades.

Veamos su método: Hacerse —fingirse— caballero andante compañero de profesión de don Quijote, luchar con él y vencerle, anulando su fuerza quijotesca, haciéndole esclavo de su capricho en aras de ciertos preceptos de la caballería. Su plan es sencillo, al parecer, pero de una complicación interior enorme. Para Carrasco su solución es de una claridad a prueba de bomba. Su optimismo es de ese matemático que con asombrosa rapidez traza letras y letras en presencia de una cuestión difícil, hace operaciones, elimina incógnitas, plantea ecuaciones, y a última hora, cuando la pizarra rebosa números y letras, un error de

⁴ Las interrogaciones de la vida no son problemas. Interrogación no quiere decir problema. En todo caso, esas interrogaciones que invocan los filósofos serán fuentes o manaderas de problemas. Cada adquisición de la mente del hombre es un problema, pero resuelto.

procedimiento, leve pero fundamentalísimo, hace estéril todo su trabajo. Porque Carrasco también tuvo un pequeño error que ahogó todo su plan: Jamás había pensado que don Quijote pudiera derrotarle a él.

La fantasía de don Quijote se alimenta de inmensas metáforas. Su vida en nuestro mundo no es más que un alternar, casi periódico, de dos ambientes: quimera y metáfora. Si bien *su* quimera tiene también algo de metáfora. En este caso, la vida de don Quijote es una gran metáfora.

Pero la metáfora suya, la creada por él, su ambiente fantástico, o sea nuestro mundo, debe considerarse como una quimera o una excentricidad. Don Quijote, para venir a nosotros, se salió de su centro, pero entró en el reino de la fantasía, no en el de la metáfora.

La metáfora, alimento para sus quimeras, se la suministran en gran cantidad los equivocados o los burlones que encuentra en gran número durante su viaje.

Podemos asegurar que la quimera de don Quijote se habría agotado pronto si las inyecciones metafóricas no le prestaran fuerzas de cuando en cuando. Y entre todas las metáforas vividas, la más grande, la que le dio a don Quijote mayores auspicios de la conquista de una *nueva realidad*, fue el método que el socarrón de Carrasco pretendió seguir para resolver el problema de su locura. Don Quijote bebe en esta gran metáfora hasta saciarse, y la alegría que le produce vencer a un valeroso caballero andante pone en él nuevos ímpetus para la gran conquista.

Dígaseme si don Quijote hubiera subsistido mucho tiempo si los humanos no hacen caso de él, esto es, si la actitud de éstos frente a su locura es sólo una débil ráfaga compasiva. Don Quijote habría muerto asfixiado en un ambiente donde el aire respirable no tenía bastante oxígeno para llenar las exigencias de sus pulmones. Para sacarle de este grave aprieto frente a la muerte de su quimera, vienen las metáforas, que le prodigan, como ya hemos dicho, los que pretenden *salvarle* o los que se quieren burlar de él; verbi gracia: la comparsa de la duquería.

Esto no lo vio Cervantes, que estaba en la creencia de que don Quijote vivió tanto tiempo entre nosotros porque lo hacía soportable su buen juicio en muchas ocasiones.

Sansón Carrasco, vencido por Don Quijote, es de los más hermosos capítulos que nos ofrece el Gran Libro. Sin embargo, los más hermosos capítulos del Gran Libro son todo quimera y metáfora. La historia íntima de don Quijote no está en el libro de Cervantes. Aquí no hay más que el relato de lo que le acaeció en su excentricidad, durante su vida quimérica en nuestro ambiente. Pero de esos hermosos capítulos del Gran Libro hemos de partir para comprender algo de la Gran intimidad quijotesca, para saborear esa historia no escrita que rebulle, debajo, muy debajo, del libro de Cervantes.

Sansón Carrasco abandona, vencido, el propio terreno quijotesco, y digo el *propio terreno* porque esta aventura fue tan intensa que casi puso ante don Quijote una realidad. Porque don Quijote, aunque las más de las veces se cree ente real, esto es, que ignora su carácter de hombre excéntrico y fantástico, duda en ciertas ocasiones, no se atreve a decir para sus adentros que es caballero andante. ¿No veis como después de alguna aventura exclama regocijado: «Ahora es cuando creo que en realidad soy caballero andante»?

Amigo Carrasco: tú vencerás a don Quijote, no lo dudes. Posees la ventaja de que lo tienes hasta cierto punto desorientado, en tu propio campo. Bien te has dado cuenta de esta superioridad tuya. Sabes que don Quijote no es de tu país, y está en él como en una patria extranjera. Sin embargo, ahora te ha vencido. No importa, persíguele nuevamente y el triunfo será tuyo.

No hace falta que nadie le diga esto a Sansón Carrasco. A su anhelosidad redentora une también la venganza que clama el dolor de los golpes recibidos.

Y Sansón Carrasco monta otra vez en su caballo y camina, camina en busca de don Quijote, que también camina en pos de las incógnitas de sus anhelos, cosas que bullen en su imaginación con la inconsistencia de lo que no existe ni puede existir...

Hemos aludido ya a esa ansia fervorosa de don Quijote: Vivir en los demás. Esos propósitos suyos de *resucitar* en el mundo la andante caballería no tienen otra significación que la de imponer *su* ambiente. Y hemos dicho también que fracasó en sus intentos como han fracasado igualmente otros hombres.

Y digo yo que fracasan hasta los que consiguen influir en muchedumbres. Porque éstos no viven en las muchedumbres. Son las muchedumbres las que viven en ellos. Estos hombres *triunfadores* venden, como Fausto, su alma, su propio yo, recibiendo en cambio halagadores aplausos. Don Quijote renuncia desde luego a pertenecer a esta clase de triunfadores. Por eso fracasa, y por eso tenía que fracasar. Por eso puede vencerlo, y lo venció al fin, el socarrón de Carrasco... Pero en su lugar hablaremos de esta derrota, y demostraremos que no hubo tal derrota, mejor dicho, derrota sí hubo, lo que no hubo fue triunfo de la personalidad del Bachiller Sansón Carrasco sobre don Quijote.

VIII. LA CUEVA DE MONTESINOS

Hay un momento en la vida humana de don Quijote en que éste se proporciona verdaderas metáforas: Es cuando desciende a la muy famosa Cueva de Montesinos.

Estaban muy recientes sus choques con la cordura de los hombres, y don Quijote sintió deseos de una gran metáfora que sostuviese sus fuerzas decaídas.

Y don Quijote, en esos momentos graves y tristes en que veía agotarse su vida quijotesca, se lanza a las profundidades con un gran ímpetu creador para allí respirar las atmósferas puras, tan recatadas en los ambientes de quimera.

Era después de la estancia en la casa de don Diego de Miranda, y era después de haber asistido a la celebración de unas bodas absurdas, acontecimientos muy mediocres que no podían satisfacer más que a un ser como Sancho Panza.

Don Quijote vive tres días admirables en la Cueva de Montesinos. Allí ve encantada la efigie del Gran Espíritu —o sea Dulcinea en la fantasía quijotesca— que se muestra renuente a oírle, y huye, huye por los campos ubérrimos semejando una aldeana salvaje. Allí ve cómo se glorifica su nombre, y oye admiraciones para su destreza y ánimo valeroso.

En esta aventura la metáfora consiste en que ve al Gran Espíritu encantado. Esto es, su visión anterior en los alrededores del Toboso adquiere relieves de verdadera en la «nueva verdad», que anhela su alma.

Sin embargo, este anhelo de la «nueva verdad» es un anhelo inconsciente. Porque don Quijote ignora su excentricidad, esto es, no sabe que vive en un mundo distinto al suyo. El fracaso de don Quijote es que quijotesca sólo puede conquistar el mundo de la metáfora, nunca podrá conseguir que sus acciones no parezcan locuras a los hombres. Podría conseguirlo, es cierto, renunciando a ser don Quijote, pero cuando don Quijote deje de ser don Quijote, morirá. Es imposible que viva mucho tiempo encerrado y aprisionado en la coraza de Alonso Quijano, el Bueno.

Don Quijote es Espíritu, a secas. No espíritu celebrado o espíritu sensible.

En el siglo XX se comprenderá mejor a don Quijote que en el siglo XVII, y muchísimo mejor que en el siglo XIX. Todo ese romanticismo poético y todo ese positivismo científico que llenó las exigencias del siglo XIX no podían comprender a don Quijote. Me parece que la novísima generación intelectual aspira a situarse en el plano de las grandes perspectivas. Desde ese plano —paradojalmente picudo—, el espíritu de don Quijote aparecerá limpio de sombras. Si vivo dentro de cincuenta años, escribiré otro libro sobre el Quijote.

Lo digo con optimismo: Estoy seguro de que las murallas que forman la decadencia presente serán rotas por el ímpetu de la generación que ahora florece. Para conseguirlo, quizá ésta no tenga que hacer sino dos cosas: Una, romper definitivamente con «lo viejo». Otra, saberse hacer a sí misma. Y como sé que existen síntomas en los actos de esta generación incipiente de que persigue la consecución de las dos cosas antedichas, puedo afirmar que la decadencia toca a su fin, ¡Qué hermoso ser joven para llevar a cabo este esfuerzo!, digan unos, los mejores. ¡Qué hermoso ser joven para verlo!, digan otros, los buenos. Y todos confundan a los cobardes —desertores del puesto que les asigna la época— que pierdan tiempo en cantar a «lo viejo» una elegía...

Se me preguntará qué síntomas veo yo en «nuestro ambiente» para sentar afirmaciones tan optimistas. No caeré en la ingenuidad de poner aquí numerados y clasificados esos síntomas.

Fíjese el lector en el piruetismo que desde hace quince años gesticula estérilmente contra «lo viejo». Y la nueva generación —quizá no haya nacido todavía— sabrá desasirse

del piruetismo y convertirse en «valor máximo». La nueva generación, pues, se apartará de París, y de otros puntos nocivos que no son París. Sus propósitos serán los de no llevar a la sepultura el vigor espiritual que puedan extraerse durante los años míseros.

Va a la conquista de las cosas que indudablemente son más grandes. Su dicha consiste en que nace sabiendo ya qué conquistas han de ser. No empleará, pues, treinta años en descubrir un camino. El camino.

Y si algún románticoide, anacrónico en nuestro siglo, hace un libro de la calidad de «La confession d'un enfant du siècle», de Musset, se le expulsará de la generación nueva.

Porque en los años futuros el espíritu se dedicará a otra cosa que a la deificación de la fémica, considerando como literatura ínfima todo lo que hasta aquí se ha vestido con la máscara de la genialidad. Y será entonces cuando don Quijote aparezca rodeado de alburas inmensas, y cuando sus fulgores deslumbren a los buenos.

La aventura de la Cueva de Montesinos es de las más profundas en el Gran Libro. Porque significa en el ánimo de don Quijote el hallazgo de una senda que puede conducir a maravillosas posibilidades.

Yo tengo por norma al escribir, hacer que el lector se suma en meditaciones. Niego valor a los libros que no hagan meditar. Y si estos libros *entretienen*, casi los odio.

Por eso no soy prolijo en nada ni digo todo lo que se me ocurre. Si el lector es inteligente, adivinará lo que dejo por decir. Si no lo es, debe cerrar el libro, porque puede estar seguro de que no está escrito para él. Me consideraría fracasado si un libro mío hiciera reír a un lector inteligente. Claro que midiendo yo antes su grado de inteligencia, porque bien pudiera ser un reflejo o una máscara...

IX. DIÁLOGO

Yo.— Dices en tu libro que las hazañas de don Quijote han de acogerse con admiración o con risa.

Cervantes.— Es cierto. Mi pobre don Quijote es un mártir...

—Permíteme que te interrumpa. ¿Qué clase de admiración es la que solicitas para don Quijote de un lector al que no le produzcan risas sus locuras?

—Mira. Don Quijote es un ser que nació, como Cristo, para sacrificarse por el bien de muchos. Es, por tanto, a su manera, un mártir. Yo necesitaba para conseguir mis propósitos un hombre loco, un ser que hiciera el ridículo, del que se rieran las gentes a boca llena. Ese tipo es don Quijote. Yo me conduelo a veces de él, y créeme que el haberle dado vida me lleva proporcionados muchos disgustos íntimos. Porque una vez publicada mi historia vi cuán grande era la figura quijotesca, y me dolía en el alma haberla rodeado de locura y de ridículo. Pero reacciono siempre ante este dolor anímico que solamente es una estéril sensiblería. Doy por bien creado a don Quijote, y me parece que para comprenderlo es necesario admirarlo unas veces y reírse de él otras. —¿Pero admirarlo por qué?

—Por lo que antes dije: Se sacrificó por el bien de muchos. —¿En qué consiste ese sacrificio?

—En hacer locuras y convertirse en un ser grotesco para que las gentes olviden los malsanos libros de caballerías.

—¡Hombre, hombre! Entonces don Quijote es un muñequito de trapo que tu cerebro maneja con habilidad.

—En efecto, algo tiene de muñeco.

—Pues no veo yo el sacrificio por parte alguna.

—¡Claro! Una creación de la fantasía no debe despertar admiración por los hechos que *uno* le impulsa a realizar. ¿No es eso lo que quieres decir?

—En efecto. Algo de eso es. Pero de otra manera. Tú no comprendes a don Quijote, querido Cervantes. Habéis estado siempre muy juntos, muy juntos, casi pegados uno a otro. Ahora bien: la estatura de don Quijote es susceptible de crecimiento. La tuya no lo es. Y don Quijote ha crecido mucho, tanto que los que estuvieran junto a él cuando nació no alcanzan a ver su cabeza. Hay que apartarse y elegir las perspectivas adecuadas para la visión.

—Ya me van fastidiando las cosas que veis y queréis sacar de don Quijote. Este libro que estás haciendo no es más que un cúmulo de «cerebrosidades» que se pueden aplicar lo mismo a don Quijote que a otro héroe cualquiera. Hablas de su «intimidad», de una «vida quijotesca» vedada a las visiones de los hombres. Todas estas cosas son solemnes vaciedades que engendra vuestro siglo enfermo. Y perdóname si te digo que no hago caso de ellas. A mi ver, debíais esforzaros en hacer obras que duraran siglos, como si don Quijote —el mío, no el vuestro artificial Quijote—, y dejar estas chismorrerías intelectuales que os entretienen.

—Es muy natural que te fastidien nuestros ímpetus semirevolucionarios. Pero es muy posible, no lo olvides, que sin estas interpretaciones y estos estudios tu Quijote muriera, como morirás tú sin duda. Nos es imposible proclamar obra genial a un libro que tiene por único objeto satirizar y combatir las historias caballerescas. Hace mucho tiempo que esas historias no interesan a nadie. Pero nosotros conservamos el Quijote porque de él extraemos puros valores de genialidad, muy independientes de tus propósitos. Decimos que la vida de don Quijote es una gran metáfora, y admitimos, sin vacilaciones ni dudas, la existencia de un mundo suyo, donde tengan realizaciones plenas todos los reflejos

metafóricos de que se alimenta entre los hombres. Nuestra admiración, pues, tiene como sostenes columnas de más seria base que la admiración predicada por ti, ya que ésta se funda en presentarlo como un mártir que entregó su cordura por el bien de muchos.

—Luego tú crees que no se debe admirar a los mártires o a los que se sacrifican por el prójimo.

—Eso mismo. Pero no es ésta la cuestión que tú nos planteas con don Quijote. Admirando a don Quijote de la forma que tú quieres que se le admire, o por lo que tú quieres que se le admire, no admiraremos a don Quijote, sino a Alonso Quijano, al que tú llamas mártir. ¿Me entiendes?

—Sois el mismo diablo. Eso que tú dices es verdad.

—Y cuando se admira a un mártir, se desprecia a su verdugo. Este verdugo, en nuestro caso, eres tú. Y una de dos: O lo que te impulsó a sacrificar a don Quijote —digo a Alonso Quijano— es un gran motivo⁵, o no lo es. En el primer caso, no debes solicitar admiración para don Quijote. En el segundo caso, cometiste un crimen: Para satirizar los libros de caballerías —mal menor— volviste loco a Alonso Quijano —mal también menor, pero que tú pones por encima del otro mal. —Me desconciertas sobremanera.

—A eso voy: a desconcertarte y hacerte ver que todas tus simpatías son para Alonso Quijano, hombre de ficción **[que es tan padre de don Quijote como San José de Jesucristo, utilizando para símil una ficción de tantas ficciones como nos ofrece la inmensa ficción de donde están obtenidas las sagradas historias.**⁶

— ¿También ateo?

— De todo un poco amigo Cervantes].

⁵ Esto es, superior o inferior a la simpatía que pueda despertar Alonso Quijano.

⁶ En la 1a edición, el párrafo decía lo siguiente: —A eso voy: a desconcertarte y hacerte ver que todas tus simpatías son para Alonso Quijano, hombre de ficción, que no es padre de don Quijote.

X. LA COMPARSA DE LA DUQUERÍA

No sé qué pensaría Cervantes al entregar a don Quijote a las burlas necias de unos duques, es posible que no le moviera otro afán que el de crear un escenario donde don Quijote podía hacer otras tantas locuras como llevaba hechas. Es posible también que, dado su arrime a los árboles ducosos (léase mohosos), aprovechara la ocasión para hacerles a éstos unas cuantas gracias.

Pero sea lo que sea, y se propusiera lo que se propusiera Cervantes, podemos asegurar que es ésta una de las muchas ocasiones en que la grandeza de don Quijote brinca impetuosa, por cima de lo que bien pudiéramos llamar —y nadie se altere— «mediocridad cervantina». Porque don Quijote no hace el bufón. Son los duques los que quieren hacer de él un bufón. Y todos sabemos que el necio —por su necedad propenso, claro es, a la risa— tiene el prurito de creer que todo está hecho para que él lo tome a chanza y se divierta.

Yo pasaría sin comentario alguno todos los capítulos que en el Gran Libro están dedicados a las hazañas de don Quijote entre los duques si no viera en ellos un enorme triunfo quijotesco.

Afirmo que la vida más plenamente quijotesca de don Quijote tuvo su realización durante el transcurso de los días que éste pasó con la comparsa de la duquería.

Aquí llegó don Quijote hasta el máximo de metáfora que le estaba permitido absorber entre nosotros.

Fue aquí donde se vio tratado y agasajado con el esplendor y riqueza que correspondía a un habitante de su mundo.

Fue aquí donde vio cómo Sancho Panza obtuvo el gobierno de una Ínsula en pago a sus servicios escuderiles.

Fue aquí donde altas doncellas le declaraban su amor, impudendas y sumisas.

Fue aquí donde los menesterosos de toda la tierra le hablaron de sus cuitas y le pusieron en el trance feliz de luchar con Malambrunos.

Fue aquí donde le anunciaron el cómo y de qué manera había de desencantarse el Gran Espíritu.

Fue aquí, en fin, donde nuestro Gran don Quijote se embriagó de metáfora, vivió su vida con intensidad acelerada, y agotó, por así decirlo, el vigor de sus fantasías. Don

Quijote salió del palacio de la duquería con el estigma doloroso de la vejez.

* * *

Estas aristocracias ostentosas, de sangre ridículamente privilegiada, son en las sociedades actuales el símbolo del fracaso de las épocas. Digan los lectores si tiene alguna importancia el que una familia sepa los nombres de sus antepasados, cubiertos de más o menos gloria por los anónimos cronistas de los siglos medios, y si significan algo en una revisión de los puros valores esos entes implumes cuyo patronímico está compuesto por seis u ocho palabras, como queriendo decir que el individuo a que pertenecen es un representante de los hechos históricos a que aluden los vocablos. Un aristócrata *de sangre* es, pues, una negación manifiesta de su valer personal. Es como una decoración del pasado. Su misión única será la de tener por lo menos un hijo que siga arrastrando por la tierra las pomposidades patronímicas y la vaciedad facial de sus padres.

Además, las antinomias más claras carcomen sus ambientes. Veamos alguna. En Occidente, donde el cristianismo campea, se acogen a esta religión con la misma fuerza que un náufrago a una tabla salvadora. Bien. Pero el cristianismo dice en sus historias sagradas

que todos descendemos de Adán y Eva. ¡Estupenda creencia para quien blasona de alcurnias y de genealogías brillantes! **[¡Qué no ahonden mucho por si se encuentran con la genealogía de un ayuda de cámara o con la de la meretriz con quien se emborracharon en el cabaret!]**⁷ Todo esto tiene mucha gracia, y como nosotros queremos hacer un libro serio, cortamos aquí las *alabanzas y los elogios*.

* * *

¡Qué inmenso y qué puro vive don Quijote en el palacio de la duquería! Sólo él puede divertir a los tontos sin perder ni una parte mínima de dignidad. Y sólo él también puede adaptar a normas muy suyas, de una gran seriedad, lo que constituye para los otros un motivo de risa. Si algún hombre inteligente no encuentra obstáculos en su sensibilidad examinando el alma del tal duque, y, por tanto, tiene la piel tan dura que no influyan en él los olores mediocres de la insulsez, yo le aconsejo que estudie o compare las emociones que sienten el tal duque y don Quijote en presencia de una de las aventuras preparadas por aquél. Obtendría resultados curiosísimos.

Y veamos también cómo Sancho Panza respira en estas atmósferas, que tienen para él el atractivo refinado de lo que se deseó siempre. En efecto, Sancho, removiendo en su caletre ínfimo las ventajas y las desventajas de la escudería andante, a lo largo de los caminos oscuros y de los manteamientos y palizas, veía en un más allá Ínsulas, gobiernos y trato de príncipe en algún castillo famoso.

Sancho se movía en los mundos de la caballería andante como deslumbrado por los focos de un bienestar posible. Este bienestar era una luz muy lejana, que sostenía con el pobre Panza un «flirteo» de desengaños.

Como anticipos de su futuro bienestar obtenía a veces alguna que otra satisfacción que obraba en él como un incentivo a proseguir la lucha por la felicidad máxima. Y en esto llegó de improviso el encontronazo con la bella cazadora. Sancho ve en este encuentro una segunda edición aumentadísima del buen suceso en casa de don Diego Miranda, y adivina para su estómago unos cuantos días de manjares nunca vistos.

Pero no sabe este pobre hombre dónde lo van a meter, que a saberlo es posible que renunciara a los agasajos y a las fiestas. Aquí Sancho se va a alimentar como don Quijote de metáfora, y, por tanto, asistimos a gran número de indigestiones.

Es de suponer que los peores días de la vida de Sancho sean los que pasó en la Ínsula Barataria, de la que se creyó *realmente* gobernador eterno, siendo así que su gobierno caía de lleno en el mundo fantástico de don Quijote.

Un amigo me ha hecho notar el enorme sacrilegio cometido por Cervantes al hacer que Sancho se lleve a la boca una metáfora. Yo no veo en esto sacrilegio alguno; más bien se deja entrever una advertencia para los aspirantes a Quijotes o una aseveración de las palabras quijotescas: «el andar a caballo a unos hace caballeros y a otros caballistas».

Si los duques hubieran concebido la burla de hacer a don Quijote emperador podemos estar seguros de que los días que gozara del imperio no sentiría las hambres panzunas, ni los pisotones de sus soldados cuando lo llevaran a defender la patria en peligro.

Don Quijote indudablemente gozó y vivió con más intensidad en casa de los duques que durante los días en que se hospedó en la casa de los Miranda. A Sancho le sucede lo contrario. Porque no fueron los manjares exquisitos ni las comidas succulentas de los duques los únicos alimentos de don Quijote. Este se nutrió más de metáforas, de lo que llamaba burlas la necedad de la duquería, de los incidentes amorosos que el buen humor de unas doncellas vertió sobre la gran fantasía del caballero. Sin duda alguna, don Quijote obtuvo

⁷ En la 1ª edición, la frase que podemos leer es la siguiente: "¡Qué no ahonden mucho por si encuentran errores en la genealogía".

más satisfacción de los arañazos gatunos y del desplome de Clavileño que de todas las exquisiteces en materia gastronómica.

En cambio, Sancho, ¡ qué miedo al subir en un caballo de madera, qué temblor ante la perspectiva de tres mil azotes, qué hambre en el gobierno de su Ínsula, y qué pisotones en su último minuto de gobernador!

Sancho renegará siempre de la duquería y tendrá como un bello recuerdo las bodas de marras, o el hospedaje en la bien repuesta casa del hidalgo. A pesar de todo, Sancho tendrá que agradecerle a los duques un buen servicio: el de haberle hecho aprender que un Sancho no debe nunca dejar de ser Sancho.

Estad seguros de que de ahora en adelante Sancho preferiría una perdiz bien condimentada a todos los gobiernos o Ínsulas que se le ofrezcan.

Lo poquísimo que había en Sancho de anhelo desapareció con su convencimiento de que los gobiernos son una cosa bien poco deseable, y ahora, más Sancho que nunca, lo veréis pronto reclamando un sueldo a don Quijote.

Con un poco de quijotismo, Sancho podía haber sido en su Ínsula un hombre feliz. Claro que bien corto número de días, pero al salir de ella, otra vez Sancho Panza, con un «que me quiten lo bailado» pudo desconcertar a los burladores. La aventura del gobierno de Sancho es la más elocuente prueba de la falsedad del tan cacareado refrán que dice: «Dime con quién andas y te diré quién eres». Sancho andaba con don Quijote y no llegó a pegársele lo más mínimo de barniz quijotesco. Y aquí vemos cómo Sancho, manadero de refranes, tira por los suelos uno de los más afamados.

XI. REIVINDICACIÓN DE CERVANTES

En algunos capítulos de este libro, y sobre todo en los tres diálogos, le habrá parecido al lector que trato de empañar la gloria cervantina, presentándole como un muy mediocre novelista. Nada más lejos de mi ánimo. Y me parece que leyendo con la fijeza debida se advertirá claramente lo que yo pretendo decir cuando escribo que Cervantes es inferior al Quijote.

Yo, en todo este libro, no me he ocupado ni un sólo momento del Quijote, novela. He querido sumergirme y penetrar en el alma de don Quijote como un escudriñador curioso a quien atraen pasionalmente los rasgos que se desprenden de las almas originales y grandes.

Más contradictoria será esa supuesta actitud mía si se tiene en cuenta que todas mis teorías parten del reconocimiento de la gran superioridad del artista sobre sus creaciones. Toda la creación intelectual del mundo es un esfuerzo forjado en la intimidad de los grandes hombres.

Sabemos que el pintor, el escultor, el novelista trabajan guiados por modelos exteriores. Si luego después sus obras no salen de ellos elevadas muy por cima del nivel en que se mueven las cosas que les sirvieron de modelos, no hay obra de arte.

En cambio, tenemos la obra de arte cuando el artista consigue *crear* algo cuya contemplación nos obliga a compadecer de una manera o de otra las cosas que constituyeron sus modelos prístinos. Por ejemplo, un pintor trabaja en un cuadro para el que le sirve de modelo una mujer desnuda. Si este pintor se limita a hacer una especie de retrato —el retrato ha de ser algo que nos haga pensar en la cosa retratada— a cuya vista exclamemos: «¡Qué hermosa modelo!», la obra tendrá muy poco de obra de arte. El arte no se puede admitir sino como una bebida que logra apagar o avivar nuestra sed de inmortalidad. Para conseguir esto es preciso que los modelos exteriores se desvanezcan y dejen paso al gran modelo que forjó el artista en un minuto de inspiración fecunda. Lo demás es técnica, es habilidad, son recursos, son copias, manantiales de donde nunca podrá obtenerse una gota de arte.

Y aquí de la aparición del cubismo y de todos los «ismos» que han revolucionado la vida artística durante los últimos veinte años. Y yo no me explico cómo no se proclama ya por quien deba proclamarse que de todos estos «ismos» saldrá el gran arte de mañana. Los artistas «ismonianos», como los hombres que hicieron la Revolución francesa, y como los rusos de nuestro tiempo, se sacrifican en aras de futuros brillantes muy posibles. El error de estos artistas al proclamar el cubismo como un gran arte es error idéntico al de los rusos contemporáneos que aseguren vivir en un régimen de libertad. Pero nadie se resigna a creerse un instrumento de los siglos.

El otro día me enseñaron un retrato cubista. Quien me lo mostró sonreía escéptico y burlón, como diciendo: «¡Qué mamarrachada!». Yo le convencí, y le hice ver que lo prefería a uno de los mejores de Velázquez.

Claro que todo consistirá en el concepto que se tenga de la palabra *arte*. Considerándolo como una bebida de eternidad, el retrato cubista será mejor obra artística que un retrato velazqueño, aunque aquél nos dé del físico del retrato una imperfecta visión.

En el retrato cubista aparecerá el creador por cima del retratado. En el de Velázquez es el retrato —su humanidad— lo que predomina sobre el nervio creador. Aquélla será mejor obra de arte. Esta será mejor retrato.

Lo mismo sucede con el novelista. Si éste sitúa la acción de su novela en el lugar dado, y la única exclamación que nos arranca su lectura es la de «¡Qué realismo! ¡Qué descripción

más parecida!», adiós novela como obra de arte. Hay que buscar en todas las creaciones la propia personalidad. Hay que inmortalizar la vida deshumanizándola. Hay que hacer que los grandes hombres nos enseñen por medio de obras creadas, lo que ellos tienen de hombres deshumanizados⁸. Por eso yo me atrevo a asegurar que a la pintura se le abren enormes posibilidades, y que la novela si no se renueva morirá definitivamente. Al teatro le queda el recurso de las marionetas. Me parece que el teatro de Ibsen está esperando que alguna vanguardia osada lo haga representar por medio de marionetas. De este modo la gran plenitud ibseniana se nos aparecería en toda su grandeza. El arte del actor, por mucho que se refuerza y evolucione, siempre lo veremos como un arte bufonesco. Me parece indigno que un hombre de talento sea actor. Todo nuestro teatro clásico lucha en balde por desencadenarse de la influencia del actor. Y por no conseguirlo, ese teatro es en su mayor parte un teatro mediocre.

Nosotros hemos estudiado en el Quijote lo que hay en éste de propia fuerza, de «quijotismo increado». La faceta de la creación cervantina, el Quijote que corre y vuela por esos mundos, no ha movido nuestra pluma ni un sólo instante. Por eso no hay sacrilegio que valga al asegurar que Cervantes es inferior al Quijote que vimos nosotros.

Cervantes es el autor de una gran novela, de un libro genial, y es de ciegos o cobardes el no proclamarlo así en alta voz.

[Pero Cervantes, fue un hombre, un gran hombre, pero hombre al cabo] Hemos hablado de un mundo quijotesco, y dicho que don Quijote es una cosa extraña a nuestra realidad, de la que lo apartan, no diferencias de jerarquías, sino su cualidad de *ser* que no tiene con los hombres relación alguna. **[Y una de dos: puestos en este plano, o asegurar que el mundo de Don Quijote es inferior al nuestro o afirmar lo contrario. Me parece que nadie negará la grandeza de Don Quijote y por lo tanto superioridad indiscutida sobre los máximos ejemplares humanos.]**

Pero nosotros no admitimos taumaturgias de ningún género, y en presencia de una cosa viva creemos *ipso facto* en una personalidad creadora. Para glorificar a Cervantes nos basta saber que, completo o impreciso, él creó a don Quijote, y que si él no hubiera escrito tal novela es más que posible que a estas horas las sublimes posibilidades y las hermosas meditaciones que todos hemos hecho al margen del Gran Libro permanecieran en las sombras.

El espíritu de don Quijote es inmortal, y será inmortal siempre aunque nadie recuerde su existencia. No sucede así con Cervantes. La inmortalidad de Cervantes han de procurársela los hombres, y tacharíamos de salvaje y mediocre a una generación que no lo venere, respete y admire como al creador de una cosa que a todos nos ha hecho hormigas, mejor dicho, nos ha dejado tal como somos, pero obligándonos a percibir entre las brumas bailoteos inmensos.

En balde nos empeñaremos en obtener de un libro mediocre sustancia para hacer de él un Gran Libro. Todavía no ha existido nadie que no haya visto en el Quijote un Gran Libro. Unos, porque saben que así se viene diciendo desde hace siglos; otros, porque en él les gusta tal o cual cosa; otros, porque ven en don Quijote y en Sancho dos admirables creaciones; otros, pequeño número sin duda, porque han visto que detrás de el Quijote se mueve quizá todo el cruel secreto de las existencias. Debemos, pues, a Cervantes —hombre mediocre u hombre genio— el que nos puso ante las narices un enigma, un problema cuya solución se llevó él a la tumba con todo el aparato de su pobreza.

¡Gloria a Cervantes! Yo, que con dura saña en alguna parte de este libro he procurado envolverlo en mediocridad, pido para él un puesto preferente junto a los mejores.

⁸ Esta palabra no es ensoñación, sino intelección.

¡Gloria a Cervantes! En estos tiempos fríos en que una generación se está dando cuenta de que no hay ni ha habido nunca nada, se le reconocerán a Cervantes los máximos prestigios, porque su obra es una gran obra contra la que el estruendo de los siglos será tan sólo la ráfaga débil de una caricia.

¡Gloria a Cervantes! Porque él, sólo él, tuvo en el gran páramo de los siglos muertos la inspiración fuertemente creadora de un minuto.

¡Gloria a Cervantes! El genio de toda la humanidad se fijó en él para darnos la sensación de la gran perspectiva, y ese genio humano, pobre aún en el siglo XVII, no pudo cristalizarse sino en dos personajes equívocos, cuyos verdaderos significados a los hombres, y sólo a los hombres de mañana, les estaba encomendado adivinar. Y beban también en esa cristalización del genio poderoso las pobres muchedumbres incultas riendo las locuras y celebrando las gracias. Y beban las inteligencias cortas, esas que van rastreando por entre los hombres cumbres, porque también para ellas existe licor en el Gran Libro.

¡Gloria a Cervantes! Fue hombre humilde, ingenuo y puro, que se dio todo a las multitudes, prefiriéndolas a los varones sesudos que poco después desmenuzarían su libro y harían de él la fuente de todas las glorias.

Y si admiramos a Cervantes como creador de una cosa que él no comprendió nunca, bien estará decir que su novela, sin complicaciones, dándole idéntica extensión a la que él quiso darle, examinándola desde el punto de vista en que se examinan todas las novelas, es una de las que merecerían las grandes calificaciones.

Pero no se interpreten mal estas líneas últimas: el mundo novelesco es un mundo íntimo y mezquino, y el Quijote es otra cosa, muy otra cosa, que una gran novela.

El Quijote pertenece a un género no catalogado aún, y al que bien pudiéramos llamar quijotesco, pues en ese género no podrían incluirse más obras que el Quijote.

Sin embargo, por mucho que glorifiquemos a Cervantes, se impone el deseo de que no existan más Cervantes en la intelectualidad futura. Los Hombres Próximos hablarán, no a las multitudes, sino a los pocos, y la humildad no obtendrá de ellos adquisiciones. El papel de los hombres humildes en nuestro tiempo es el de la desaparición. Los hombres humildes pueden mirar a las nubes en espera de un mañana brillante en el «paraíso». Pero no serán éstos los que llenen las exigencias de nuestro tiempo.

¡Gloria a Cervantes! Sí, pero a la vez es necesario meditar una contestación. Será una gran generación aquella que logre contestar plenamente, aunando los bellos gritos, las interrogaciones del Gran Libro.

Esta contestación puede muy bien ser un gran tomo y puede muy bien titularse «El tema de los Fuertes».

XII. DON QUIJOTE, VENCIDO

También en Barcelona unos cuantos necios se reían de don Quijote. Este don Antonio, amigo del bandolero Roque, encierra los mayores grados de tontería que puede sufrir un hombre.

El Bachiller Sansón Carrasco actúa en esta su segunda batalla como una especie de microbio mortífero.

No es él, en sí, el matador de don Quijote. Este no puede morir sino a manos de sí mismo. Pero es que aún todas las fuerzas hostiles y le da el golpe supremo en uno de los momentos más propicios: cuando don Quijote declinaba y se hacía viejo.

Porque no hay que olvidar que si bien el espíritu quijotesco es de suyo «cosa eterna», su fantasía, su vida quimérica entre nosotros tiene que estar supeditada a la salud de ese hombre de carne y hueso que se llama Alonso Quijano.

Don Quijote, físicamente, tenía que morir. Él encarnó en un hombre, y éste, como todos los hombres, no gozaba de la inmortalidad.

Sansón Carrasco llega a Barcelona y encuentra a don Quijote, ya viejo y un tanto carcomido por una incipiente enfermedad.

En estas condiciones, la lucha es favorable al Bachiller, y nada tiene de particular este vencimiento, que no rebaja la categoría quijotesca lo más mínimo, puesto que Carrasco, dueño de una realidad, hace de ella un arma vigorosa contra un ser para quien esa realidad es una quimera y a quien sólo alienta en la batalla la grácil metáfora de su ilusión. Pero esta metáfora no sirve más de aleteo quimérico, esto es, de ascensión entre Alonso Quijano y don Quijote. Para nada puede servirle en la lucha con la realidad que significa el Bachiller. La metáfora es el alimento de que se nutre la locura de don Quijote. Porque don Quijote, aunque nosotros no lo veamos, mantiene sorda lucha con Alonso Quijano, que no se resigna a hacer únicamente el papel de sostenedor de la gran estatua.

En el Gran Libro aparece muchas veces la voz de Alonso Quijano. Es cuando vemos en don Quijote ráfagas de cordura. Esta parte del Gran Libro es la que menos debe interesarnos, y de aquí el equívoco de algunos sesudos varones al considerarla como la más apreciable y más general de la historia quijotesca. ¡Inmenso error! El gran don Quijote está en las locuras, en todas las locuras, en esos capítulos que hacen reír a los tontos. Por eso digo y afirmo que el Quijote es un libro rigurosamente serio, donde no caben sonrisas ni gracias.

Y Sansón Carrasco quiere luchar contra don Quijote, no contra Alonso Quijano. Pero don Quijote es invencible. Don Quijote no tiene más punto flaco —construcción de barro— que el de su envoltura carnal, su parte quijanesca. Y aunque otra cosa crea el socarrón del Bachiller, a quien venció él en realidad es a Alonso Quijano.

Este hidalgo de Alonso Quijano no es un Sancho Panza, y es de suponer que durante el tiempo que convivió con don Quijote se le pegara algo de la *locura*⁹ de éste. Por tanto, la derrota le hirió en lo más hondo, y contribuyó no poco a la definitiva ruina de don Quijote.

Y ahora queremos complacernos en señalar un rasgo de la inmensa tontería del tal don Antonio. Como no se explicaba muy claramente la existencia de un caballero andante que viniera a luchar con don Quijote, al terminar la batalla, y de acuerdo con el Visorey —otro don Antonio— fuese detrás de aquél con objeto de que le explicara lo que no podía ser otra cosa que una burla. Lo recibió el Bachiller —no tengo a Carrasco por tonto ni por necio, sino

⁹ Léase también materia o etopeya peculiar. Porque, claro es, Don Quijote en su centro no era un loco. Llamamos locura a su fantasía, a su quimera, a su excentricidad.

por el símbolo de nuestra cordura—, y con amplitud de detalles le explicó el ardid de que se había valido para encaminar a don Quijote a su aldea. Y aquí viene ahora el rasgo que derrota la gran tontería de don Antonio: Como aún no se había cansado de reírse de don Quijote, y el inesperado suceso de su derrota lo alejaba de él, pensó advertir a don Quijote el engaño de su lucha con el Caballero de la Blanca Luna, haciéndole ver que no era más que una treta de su enemigo el Bachiller Carrasco para llevarlo al pueblo.

El necio de don Antonio —que no vio nunca a don Quijote a pesar de tenerlo cerca de sí unos días—, creía que don Quijote haría caso de sus palabras. Porque en el momento que las creyera, ¡adiós Quijote! Moriría a los pocos segundos sin salvación posible. Si al final de la primera parte del Gran Libro, don Quijote se hubiera dado cuenta de que no iba encantado en el carro de bueyes, sino encerrado en él por el Cura y el Barbero de su pueblo, aquí terminaría la gran historia. La vida de don Quijote se habría agotado. Pero no hay temor. Don Quijote no puede morir tan fácilmente a manos de cualquier necio. Si don Antonio va a decirle que no ha luchado con el Caballero de la Blanca Luna, sino con Sansón Carrasco, don Quijote atribuiría el parecido a «vías de encantamiento».

Hemos dicho que el Bachiller Carrasco a quien venció fue a Alonso Quijano, envejeciéndolo, y, como consecuencia, haciéndole imposible la vida en nuestro mundo a don Quijote. Así es en efecto.

Porque yo creo que don Quijote se desprendió de Alonso Quijano a los pocos segundos de perder la que bien podemos llamar batalla definitiva. Y si se fija bien el lector, verá que toda esa melancólica caminata hacia la aldea es el sentimiento que le produce a Alonso Quijano el que se haya desprendido de él don Quijote.

Don Quijote es quimera, es fantasía. Sus propósitos eran vivir en nosotros, apoderarse de nosotros, imponernos toda su intimidad —léanse en el Gran Libro sus historias caballerescas—, y quieras o no, ser el Primero. Don Quijote vino a nuestro mundo introduciéndose en la personalidad de un hidalgo. Se apoderó de él, mejor dicho. Esto quiere decir que un ser puede conquistar a otro ser, sólo a otro, siempre que ese «otro» sea él mismo. Aquí el triunfo de don Quijote fue completo. Después, inmediatamente después, don Quijote se propuso conquistar a los humanos todos. Y quería hacer de ellos dos clases de hombres: una, la clase superior, compuesta por Quijotes; esto es, por caballeros andantes. Otra, compuesta por individuos que creyeran en la existencia de los Quijotes, reverenciándolos como a hombres superiores que eran, hijos predilectos del Gran Espíritu.

Y para conseguir todo esto, don Quijote no sigue el procedimiento del apostolado, sino que se lanza a la calle como caballero andante que cree ser. Es como si esos filósofos moralistas, en vez de escribir gruesos tomos de necedades, hiciesen, se limitasen a hacer la vida ejemplar que predicán. Y también como si esos «pequeños ídolos» de la política, en vez de vociferar estas o las otras ideas, siguieran como individuaciones o individualidades esas rutas ciudadanas. Y a esto es a lo único que hay derecho. Bien es verdad que don Quijote no se contentó con eso sólo, sino que bien armado, escudándose en Alonso Quijano, malhería a los desconocedores del Gran Espíritu. Pero dijimos ya que el fracaso de don Quijote, a este respecto, fue rotundo. A los hombres —digo a los hombres, no a los hombrecillos— no se les puede perforar. Y a los hombres, no a los hombrecillos que forman el vulgo¹⁰ y la soez canalla, es a los que pretendió perforar don Quijote.

Don Quijote fue siempre optimista. Nunca vaciló en la realización plena de sus propósitos. Porque hemos de hacer constar que no sufrió contratiempo alguno. Alonso Quijano, en los primeros días de caballería andante, soportaba los palos de yangüeses y las pedradas pastoriles. A don Quijote estos sucesos no le producían dolor. Porque los palos y las pedradas caían sobre las espaldas de Alonso Quijano, y entre ellos no había

¹⁰ Damos a la palabra vulgo la extensión que le dio don Quijote hablando con el Caballero del Verde Gabán.

reciprocidad de influencias. Fue Alonso Quijano quien se identificó con don Quijote, abandonando su cordura. No fue don Quijote quien se identificó con el hidalgo.

Cuando don Quijote sintió realmente el golpe fue en la derrota con el Bachiller Carrasco. El golpe —la desilusión— le hizo abandonar a Alonso Quijano y marcharse. Don Quijote se vio fracasado y desapareció. Y desaparecer no es morir, sino que muchas veces significa vida más plena.

Y don Quijote, desapareciendo, consiguió entre nosotros esa vida más plena.

Ahora bien, Alonso Quijano, que ya no era el primero, sino que ya tenía muchos grados de quijotismo, hizo algún tiempo el papel de don Quijote.

Si Alonso Quijano hubiera seguido haciendo de don Quijote por el mundo —por el nuestro— aun después de marcharse, de desaparecer éste de él, la vida quimérica de don Quijote estaría adornada con el resquicio de un triunfo, triunfo selecto sobre un solo hombre. Pero Alonso Quijano se muere a los pocos días de agotarse el último reflejo de don Quijote.

Aquí debían terminar nuestros comentarios al Gran Libro, porque estamos seguros de que la personalidad de don Quijote entre nosotros es ya un recuerdo.

Pero Alonso Quijano requiere nuestra atención aún. Es un digno albacea de don Quijote y él ha de terminar en debida forma la abstracción magnífica.

Camina hacia la aldea desarmado, melancólico, sufriendo interiormente, con profundo y lacerante dolor de hombre, con un ceño inmenso de amargura y de tedio, sin don Quijote en una palabra, que era para él el resumen de todas las magnificencias y de todas las alegrías.

Va sobre «Rocinante» mirando al suelo, sin oír las frases panzunas, dolorido, con graves preocupaciones y sintiendo sobre sí el peso enorme de los anhelos muertos y de las esperanzas fracasadas.

Por si fuera débil el foco de tristeza y de desolación de su intimidad agraviada, una piara de cerdos pasa por encima de él como una gran ironía, aturdiéndole con el asqueroso olfateo del bruto. ¡Pobre Alonso Quijano!

Mas a pesar de todo, él sigue Quijote, Quijote claudicante, es verdad, pero Quijote. Y será Quijote, tendrá alguna ráfaga suya, hasta el lecho de muerte, hasta sus días postreros, en que el anhelo final desaparecerá para que pueda contemplarse más a sus anchas. Alonso Quijano —él— se ve entonces, cuando el último reflejo de don Quijote se marchó de él porque él ya no tenía fuerza para retenerlo. Y el pobre Alonso Quijano, sin quijotismo, al no poder comprender su vida pasada, su vida aventurera y grande con don Quijote, dice que
le perdonen, que ha sido un loco...

XIII. LA BONDAD DE DON QUIJOTE

Don Quijote, derrotado, ya no es don Quijote, es Alonso Quijano que conserva aún ciertos reflejos de quijotismo. Sin salirnos del Gran Libro podemos probar esta verdad: el éxodo de don Quijote¹¹ a su aldea abunda en incidentes de cordura, esto es, en menos grados de quijotismo.

Lo que más arraiga en don Quijote es su amor al Gran Espíritu, y luego veremos cómo éste su amor lo subordina ahora a convicciones de una patente inferioridad.

El bueno —hay que usar ya este calificativo— de don Quijote va pensando cómo emplear el próximo año de ostracismo. Al fin proyecta hacerse pastor y sueña con la feliz Arcadia de otros tiempos. Se sabe inútil para las armas y es posible que renuncie para siempre a la caballería andante, considerándola a lo más como una idea íntima. La lucha interior de este buen hombre en los días que duró su viaje al pueblo debió de ser enorme. Quizá recordase sus retornos anteriores, que significaron siempre una inmediata salida, realizada al augurio de nuevas conquistas.

Todos sus actos ahora denotan agonía espiritual, impotencia para hacer frente a los enemigos invisibles de su inquietud. Su optimismo de antes se ha convertido en desesperación, y como desesperado que presiente el término de sus días y el agotamiento de las facultades mejores, huye de las consultas que se le hacen, resguardando lo poco que en él queda de don Quijote.

Mientras más días transcurren menos quijotismo hay en Alonso Quijano. Ya es solamente un contemplativo, un fracasado cuyo único alimento es el recuerdo de las horas brillantes de otros días. ¡Y qué vacío debe sentir a su alrededor, vacío paradójicamente ruidoso, aullidos de los que siente el hombre austero en los grandes silencios! En esta situación de timidez es cuando pone de manifiesto uno de los rasgos decadentes: la bondad.

Todos sabemos lo que es «la bondad», una de las manifestaciones de la debilidad del hombre. Afirmo que el «hombre bueno» es una especie de «hazmerreír» en la sociedad de todos los tiempos. La «bondad» es la mayor parte de las veces timidez, falta de carácter y cobardía. Otras veces, es un exagerado amor al prójimo, amor que si lo sintieran todos los hombres engendraría inmediatamente el más desastroso nihilismo.

Todo esto es muy fácil de comprobar: quien sienta la voluptuosidad de conquistarse se ama a sí mismo, y no amará al prójimo mientras no lo haya conquistado¹² a su vez. No habrá nadie que no haya oído muchas veces la frase siguiente: «¡Qué mal va Fulano. El pobre no es malo más que para él! » Decidme qué pasaría si de todos los hombres pudiera decirse lo mismo. Es un absurdo ese amor recíproco llamado bondad. Porque si un hombre se anula a causa de su desmedida pasión por sus prójimos y si todos lo secundan, es indiscutible que todos se convertirán en seres anulados. ¡Y librémonos de caer en sus redes, porque eso sí que es el verdadero caos! Es como si nos privásemos de un buen libro por dárselo a un analfabeto. ¡Y qué diremos de esos pobres seres que no son malos más que para sí mismos!

La bondad es enemiga de exponentes individuales, mejor dicho, no es enemiga de nadie porque la bondad es incapaz de lucha alguna.

Y vamos a probar ahora cómo la bondad engendra maldad, su polo opuesto, un extremo más pernicioso aún que la bondad misma. La existencia de uno de estos imbéciles, llamados «hombres buenos», significa por lo menos que existen varios que explotan o se aprovechan de esa bondad. Sin la existencia de éstos la bondad del primero no se manifestaría. Y una

¹¹ Llamémosle todavía Don Quijote.

¹² Conquistar es conocer.

bondad que no es pública quiere decir que es íntima, esto es, bondad propia, capacidad de amarse.

Las buenas relaciones con el prójimo han de ser por reflejo. Como vivimos en sociedad y hay grandes pruebas de que nos necesitamos unos a otros, es indudable que al amarnos, al procurar engrandecernos, le hacemos al prójimo un bien: El de plantar a su vera el árbol selecto de las magníficas frondas.

Este, y no otro, debe ser el significado de la palabra bondad. Pero no sucede así. Hoy hombre bueno y hombre imbécil son cosas sinónimas. Y la existencia de esta bondad en los espíritus ha hecho que las almas individualistas practiquen a veces, muchas veces, la filosofía del desprecio. Y conviene restablecer o imponer a la palabra bondad el significado debido. Porque, si no, es cosa de desear que a uno lo llamen hombre malo, esto es, hombre no bueno, hombre no imbécil, hombre íntegro. Llamamos «cosa buena» a lo que medido con el patrón de la conveniencia colectiva es más de una unidad, esto es, es útil. Y «cosa mala» a lo contrario. Y creo que es más útil para la sociedad¹³ el hombre que sabe construirse que el hombre que sabe anularse.

En el éxodo de don Quijote a la aldea asistimos a un rasgo de bondad. Ya vimos cómo antes de su derrota quiso obligar a Sancho a que se azotara para conseguir el desencantamiento del Gran Espíritu. Ahora, ya en la decadencia quijotesca, le ruega que se dé los azotes, y hasta accede a señalar un precio para cada uno.

Sancho se azota con furor, rapidez y destreza, máxime cuando quien recibe los golpes es un árbol que tiene a su lado.

Don Quijote le manda descansar, se compadece del pobre Sancho y le dice que los deje para otro día. Aquí ya está patente Alonso Quijano, incapaz de detener los desbordamientos interiores que a su alrededor se produzcan. Ese amor desmedido al Gran Espíritu no debe empañarse nunca, mucho menos en presencia de una compasión enfermiza.

Y es el Gran Espíritu —esa llama encendida que aún alumbra en don Quijote— lo único que ahora le diferencia de la vulgar normalidad.

Después de su derrota, don Quijote sólo es tal por su fidelidad al Gran Espíritu, esto es, a Dulcinea. No le hablen ahora de aventuras ni le inciten a realizar hazañas. Lo que sí mantendrá, como antes, es que el Gran Espíritu es superior a todas las cosas.

Por eso, cuando habla a Sancho de su proyecto de hacerse pastor en compañía de Carrasco, el Cura y el Barbero, manifiesta que él no cambiará de dama, pues seguirá venerando a la que siempre fue como algo suyo en esas cuestiones, esto es, seguirá proclamando la soberana belleza del Gran Espíritu. Don Quijote, pastor, será un pastor espiritual, un pastor algo quijotesco, pero nunca don Quijote, pues éste desapareció para siempre. Se llamará el pastor Quijotiz, así como el Bachiller Carrasco, Sansomno; el Barbero, Niculoso; el Cura, Curiambro, y Sancho, Pancino...

¡Pobre Alonso Quijano! ¡Cómo lucha y cómo se las ingenia para que vuelva a él don Quijote! Pero será en balde, porque su primera claudicación, su gran acometida al quijotismo cuando ruega a Sancho que se deje de dar azotes, significa que está perdido irremediablemente.

¡Pobre Alonso Quijano, el Bueno! Ahora quiere ser pastor. Todo menos el hidalguelo de antes. ¡Con qué ojos le contemplará don Quijote desde las cimas de su gloria inmortal, y qué meditaciones vendrán a su espíritu cuando vea a este pobre Alonso Quijano afanándose en buscar una solución a su enigma!

¹³ No es tan egoísta esta teoría.

¡Qué gran poema —genial poema— es el retorno a la aldea perdida de la Mancha! Porque aquí el caballero no es ni don Quijote ni Alonso Quijano. ¿Qué es, pues? Aquí el enigma, aquí la genialidad poemática del gran asunto.

Si yo tuviera un amigo poeta, y tuviera también la convicción de que este poeta era un gran poeta, no descansaría hasta hacerle escribir el poema de ese enigma, que no es don Quijote ni tampoco Alonso Quijano. Estas soluciones son las que hay que buscar no en el filósofo, sino en el poeta; no en el escudriñador de la verdad única, sino en el constructor de la verdad adecuada, de la verdad bella.

Lo que sí podemos asegurar es que ese enigma tiene cada vez menos de Quijote, hasta que llega un momento en que el quijotismo es nulo. En este mismo momento Alonso Quijano cae herido de muerte.

Sancho Panza se desconsuela. No comprende que su amo se deje morir, sin más ni más, sin que le maten otras dolencias «que las de la melancolía». Sancho, cuyo sesenta por ciento de persona es de pobre hombre, de tontería ingenua, recuerda sus intervenciones en los encantos, y quiere salvar a don Quijote diciéndole que le eche a él la culpa de todos sus pesares. Le recuerda también su época caballerescas, citando al Gran Espíritu...

Todo esto no puede tener eficacia porque don Quijote ya no existe. Lo dice Alonso Quijano, su albacea: «Señores, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño. Yo fui loco, y ya soy cuerdo; fui don Quijote de la Mancha, y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno; pueda con vuestas mercedes mi arrepentimiento y mi verdad volverme a la estimación que de mí se tenía».

Don Quijote, desde las cimas de su gloria inmortal, tuvo que considerar estas palabras como una blasfemia solemne...

XIV. ÚLTIMO DIÁLOGO

Yo.— Quisiera saber qué piensas sobre este libro que termino de leer.

Cervantes.— Me parece un hijo de tu época.

—¡Cómo! ¿Qué es eso de un hijo de mi época?

—Quiero decir que un libro como este tuyo no puede salir sino del siglo veinte.

—Así es, en efecto. Pero...

—Y que revela que tu siglo es un mal siglo. Esa concepción del Quijote quiere decir que sois unos malabaristas. Yo, que desde una de las cumbres más elevadas del Parnaso os veo afanar en los enigmas, pienso con tristeza en la edad dorada de otros siglos. Y, sin embargo, yo ahí fui pobre y pasé mil calamidades.

—Es que tú eras un hombre humilde, resignado, que te callabas ante los atropellos o quizá reías ante los dolores. Además, no sabías lo que significa un «frente a frente» con las grandes adquisiciones del espíritu. Nosotros tenemos detrás a inmensidades filosóficas, y en presencia de sus enigmas un gesto de desdén sería ridículo. Nosotros consideramos a la vaga y amena literatura como una piltrafa que el pensamiento regala a las muchedumbres. Nosotros poseemos anhelos de una grandeza nunca vista entre los humanos. Nosotros destruimos las divinidades míticas y proclamamos la deificación del hombre. Nosotros no somos humildes ni ingenuos. Nosotros admitimos una Aristocracia, que es la del Espíritu, y nombramos para nuestros pajes a los hombres de ciencia. **[Nosotros no queremos pensar en la vida futura que dicen se desarrollará mañana en otro mundo.]** Nosotros tenemos la convicción de que el fin primordial del hombre es vivir, **[y vivir]** no es hacer una vida espiritual aislada, como tampoco es vivir hacer la vida de un caballo o de un buitre, pongo por ejemplo. Vivir es poner al espíritu en la máxima tensión por medio de la cultura y a la vez desarrollar plenamente nuestros órganos físicos. Vivir es un conjunto de verbos: estudiar, meditar, pensar, crear, construirse, nutrirse, amar, etcétera, etcétera.

—Entonces no vive nadie, o muy pocos.

—Sí, viven algunos.

—Vuelvo a decir que todo eso es de tu siglo. Os auguro grandes catástrofes y desconciertos enormes. Caeréis en el vacío. Os faltará alimento para sostener tantas cosas. Tú dices que don Quijote murió o desapareció de Alonso Quijano cuando éste se hizo viejo. A vosotros os va a pasar algo análogo. Vuestro espíritu perecerá o desaparecerá como don Quijote por falta de carne y hueso. Tenéis que desengañaros de que el hombre es una pequeñez.

—¿Por qué? Porque no resista muchos años una vida plena no es pequeño. Además que vivir debe ser perdurar. Y el hombre que consiga *vivir* perdurará.

—Sobre vosotros gravita un error de visión. Yo juraría que hasta los que abomináis del pasado, si éste se hundiera, esto es, si detrás de vosotros no hubiera más que sombras, moriríais.

—Yo voto sin vacilar por que el pasado desaparezca.

—¿Pues no hablabas antes de inmensidades filosóficas a las que no podías desdeñar?

—Sí, pero ésas no son pasado. El pasado es historia, y la historia es el excremento de las épocas. Descartes, Kant, Pascal, Renan, Goethe y la vida vivida de Unamuno no son pasado. Si a éste lo hundiera una manaza, no te quepa duda de que esas y otras personas brotarían a la fuerza por entre los dedos destructores.

—Dije que sobre vosotros gravita un error de visión. Dije y sostengo. Llamas a la historia excremento de las épocas, y olvidas que sin la historia sería poco menos que imposible conocer detalles de esos grandes hombres. Y no los conocéis. Aquí el error de visión a que me refiero. Es posible que no admirarais a Kant si conviviera con vosotros.

—Dices bien. Es posible que no admiráramos a un Kant. Pero siempre al Kant de la «Kritik der reinen Vernunft», que es el Kant inmortal, la gran personalidad que no puede morir nunca. Los detalles sobre la vida física y hasta espiritual de Kant no nos interesan. Nos interesa su obra, la personalidad creadora de esa obra, que desde el momento en que ésta existe, también existe ella, aunque sea una personalidad no vista por sus contemporáneos. Nosotros, en los grandes hombres, buscamos la perspectiva que creó las obras suyas que admiramos. Lo demás es historia, muerte. Sólo un poetaastro burlesco, Scarrón, puede creer en la inmortalidad de las cosas secundarias. Oye lo que dijo cuando se casó: «Le nom des femmes de rois meurt avec elles; celui de la femme de Scarron vivra éternellement!». Como no puede ser inmortal el duque de Béjar por el sólo hecho de que tú le dedicaras la primera parte del Quijote.

—Puede ser; todo lo que dices es razonable.

—No es posible admitir que en la formación de inmortalidades intervengan accidentes mediocres. Yo impediría que la Historia se ocupase de los grandes hombres. Por ejemplo, en una Historia de la literatura nada se debe hablar del creador del Quijote, ni del creador de Hamlet, ni del creador del Fausto ni de algunos otros a quienes llamamos genios. La Historia significa el intento de perdurar que absorbe a la humanidad mediocre. Y lo mismo puede decirse de las estatuas, nombres de calles y otros pobres recursos de eternización. Por eso me fastidia la ciencia investigadora y me pone de mal humor el ansia enfermiza que ataca a los literatos solicitando un lugar en los encajonamientos doctos. Desear un puesto en la Historia quiere decir que se reconoce la propia mediocridad y se necesita una tercera persona para que, mediante algunos empujones afortunados, se pueda penetrar en la gloriosa selección de los genios.

—No estoy conforme con todo eso. Mira que nadie tiene la culpa de no nacer grande hombre.

—Pero una vez reconocido el patrón-vida es preciso aceptar que todo el mundo puede vivir esa vida, o, por lo menos, tener la clarividencia necesaria para impedir los gestos que caigan en el vacío del ridículo. No porque uno se convenza de que carecer de medios para engrandecerse ha de practicar la filosofía de la idiotez. Y el espectáculo del mundo es como una convicción de eso: creencia en posibilidades pequeñas. Es como el que antes de luchar se entrega a su contrario. Desde los tiempos de la Grecia clásica se viene diciendo que el saber que se ignora es una gran sapiencia. No veo yo esta sapiencia por ninguna parte. Aceptemos el saber que no se sabe como una relativa superioridad sobre el que no se preocupa ni de saber si sabe o no sabe. Dice el vulgo que en el país de los ciegos el tuerto es el rey. Nada resuelve el ciego con saber que no ve los objetos que le rodean. Lo único que le debe preocupar es conseguir ver.

—Algo hay de eso. El mundo no rueda porque la pereza se lo impide, atravesándose en el camino como una gran roca.

—Y es que todos, como Sancho, anhelan el esfuerzo de los demás para elevarse.

Pero como don Quijote no existe aquí, resulta que los deseos de los Sanchos se convierten en convulsiones grotescas. Yo dividiría a los hombres en tres clases: dos de Sanchos y una de Quijotes. Mejor dicho, en dos clases: Sanchos y Quijotes. La primera se subdivide en dos: Sanchos que viven en su aldea conformándose con lo fugaz de su vida mediocre, y Sanchos que anhelan la eternidad de sí mismos. La clase de Quijotes son los pocos genios que en el mundo han sido. Pero, por fortuna, estos Quijotes no se preocupan

para nada de los Sanchos, y éstos no saben cómo arreglárselas para combatir a los siglos y gobernar la Barataria de la inmortalidad. ¿Me comprendes?

—Sí, hombre. Y me pareces admirable.

—Bueno, pues seguiré con el símil. Yo no sé qué Sancho es más digno de compasión: si el que se queda en la aldea o el que busca un Quijote que lo inmortalice. Pero creo que debemos preferir al que se queda en la aldea, pues el otro no se mueve y se inquieta por llegar a ser Quijote, sino que quiere inmortalizar su tontería, su necedad. Este último Sancho quizá al terminar su vida llegue a saber que es un necio. Repito que prefiero al que se queda en la aldea. Así como dudo en preferir uno que no puede saber otra cosa que no sabe, a uno que no se preocupa de saber si sabe o no sabe. Creo que hay que caminar a saber que se sabe. Lo demás es deplorable Sanchopancismo. Pero sigamos examinando a los Sanchos que anhelan eternidad. Dijimos que buscan Quijotes que se encarguen de elevarlos. No los encuentran. Y en su ansia de perdurar crean la Historia, la Aristocracia del apellido, los aplausos en letras de molde, las estatuas, los cargos flamantes y otras zarandajas que en su lucha con los siglos caerán al primer golpe. Como se ve, estos Sanchos no carecen de cierta ingeniosidad, pues buscan la inmortalización por medio de las estatuas que son arte, por medio de las apologías literarias o poéticas que son arte también. Y el arte es ansia de inmortalidad. Pero la consecución de ésta sigue normas inflexibles. No puede ser inmortal sino aquello que lo es en su esencia. Son inmortales los genios, o Quijotes, y si éstos se esfuerzan en llevar a Sancho a las cumbres fracasarán. Dijimos que los Sanchos de nuestro mundo no encuentran Quijotes que los inmortalicen. A veces sí los encuentran, pero el fracaso más rotundo corona todos los esfuerzos. La ley es inflexible. Si Praxísteles hubiera hecho la estatua de una personalidad mediocre de su tiempo, no por eso el individuo estatuido sería inmortal aunque la obra de arte lo fuese. Yo leo a Pindaro y no me acuerdo para nada de los héroes de las Olimpíadas. Don Quijote llevó a Sancho al gobierno de la Ínsula Barataria, y éste no hizo sino pasar hambre.

—Me convences plenamente. Gusto mucho de tu charla.

—Ahora voy a hablarte de una frase que corre mucho por esos mundos: «¡No seas Quijote!». Hemos de convenir que quien diga estas palabras acierta plenamente. Sí. ¡No seas Quijote! Ahora bien, ¿esta advertencia quiere decir que no debe uno proponerse ser Quijote porque es imposible conseguirlo, o quiere decir que el imitar a don Quijote es un muy pequeño honor? Me parece que el significado que corre por ahí de esa frase es este último. Es la pedantería ambiente lo que lleva a los pobres hombres a introducir entre sus usos y costumbres lo que por su esencia permanece muy alejado de ellos. ¿Qué tiene que ver don Quijote con esas pequeñas tragedias amicales, con esas esperanzas mezquinas, con esas trivialidades de la vida vulgar para que se invoque a cada momento su nombre,

pronunciado en tono de conmiseración y de risa por lo más ridículo y carcomido de la sociedad? ¡Oh, don Quijote! Este nombre, que no debía sonar sino en los santuarios selectos donde oficie la gran Cultura del espíritu, se profana durante todas las horas de todos los días de todos los años en las bocas de cualquier microbio que se crea con derecho a dar a un su amigo el gran consejo de «¡No seas Quijote!», porque éste se disponga a hacer algún sacrificio ínfimo, o pretenda una osadía imbécil, o guiado por sentimientos enfermizos desdeñe un placer próximo...

—Hombre, a mí no me molesta esa popularidad quijotesca ni ese ansia de símbolo de las multitudes. Me parece muy bien, muy bien. Yo creé a don Quijote y lo entrego, pródigo, a quien quiera tomarlo. Que cuando un amigo pretenda disuadir a otro para que siga una ruta distinta le advierta: «¡No seas Quijote!», no debe molestar a nadie. Allá cada uno con sus interpretaciones. No todos ven a don Quijote como tú lo ves.

—Eres incurable, amigo Cervantes. Yo creía que ya te ibas convenciendo de tu error, y ahora veo que no es así, que sigues encerrado en la coraza del siglo diecisiete, que este libro te parece una majadería y yo un solemne pedante.

—Nada de eso. Ni este libro es majadería ni tú un pedante. Lo que sucede es que a mí no me importa nada, absolutamente nada, que el mundo tenga sobre el Quijote este o el otro criterio.

—Debemos separarnos. No puedo dedicar más tiempo a hablar contigo. Son meditaciones ingentes las que me llaman. Son grandes libros los que esperan mi lectura ávida. Adiós.

—Quiero desearte un gran futuro literario, querido joven. En prueba de mi aprecio te beso en la frente... Adiós...

Y Cervantes se marchó. Yo le despedí con el pañuelo...

COSAS LIMINARES

No sé con qué sabor de boca saldrá el lector de las páginas anteriores. Yo, a decir verdad, escribiéndolas, no me he preocupado de eso un solo instante. Muchas veces nos conviene mejor un plato amargo que uno dulce. Y yo soy el que ha escrito que el hombre no debe admirar ni gustar nada. Es preferible que un libro no nos guste a que nos entusiasme. Cuando un libro entusiasma a alguien, este alguien es una personalidad nula o anulable. Las interpretaciones filosóficas carecen de valor desde el momento en que se cristalizan en palabras. Carecen de valor, claro es, para el extraño, no para el espíritu que logró concebirlas. Huyamos siempre de las verdades de los otros.

* * *

Hay en este libro alguna agresividad. Considero que nuestro primer deber es agredir. Si mi concepción íntima del futuro se cumple, es necesario colgar la pluma dentro de pocos años. El hombre que se siente a sí mismo, y sabe que los demás también «se sienten», no necesita predicar ya verdad alguna. Vendrá entonces el tiempo de los diálogos, y quizá relaciones fecundas entre los espíritus.

* * *

Fuera de nosotros, nada existe. Los enigmas que nos rodean no son enigmas, sino mitos. Mitos contruidos por el hombre. El hombre, pues, logró dar forma a un error, a un gran error, y ahora, después de siglos, le atenaza el anhelo de deshacerse de él. No hay misterios, no hay enigmas; hay sí errores seculares.

* * *

Alma y fisiología. Como si dijésemos: intimidad y expansión. El hombre primitivo, mejor dicho, los hombres primitivos eran más fuertes fisiológicamente que nosotros. Se consideraron quizá una de tantas especies de animales. Se vieron unos a otros idénticamente erectos y proclamaron la analogía de sentires. El alma fue para ellos un instrumento de sociabilidad, como las manos, como el placer de las amistades, como el goce muelle de la bacanal. Aquí la identidad religiosa de todos ellos. Aquí la creación de los grandes enigmas. El espíritu humano vive prisionero de los mitos, que son la natural eclosión del sentir religioso de los hombres. Destruir mitos es contribuir a la nueva verdad. Y la nueva verdad no es única, es individual. Porque destruyendo mitos y religiones —y hasta teorías y sistemas filosóficos— desaparece la atmósfera común, esto es, fuera de nosotros se crea el vacío. Lo que quiere decir que cada alma humana es un cosmos, con su atmósfera propia y con toda clase de espiritualidades necesarias para desarrollarse y subsistir. Afirmando que en todo el pensamiento del pasado se nota una endeblez cuyo origen no es otro que el de no haber sabido librarse de la atmósfera falsa. Yo me resigno, sin embargo, a descalificar a un Descartes, a un Spinoza, a un Kant en nombre de mis convicciones. Descartes, Spinoza y Kant, con su fuerte visión, poseyeron sin duda almas individualistas, y se salvarían en la pura revisión llevada a cabo por la verdad nueva.

Alma y fisiología, o sea, intimidad y expansión. Cúspide, punto único, que rompe las envolturas y se sale de la atmósfera de nuestra fisiología; eso es el alma, que como habitantes en el vacío absoluto tiene que respirar y nutrirse de sí misma. El hombre, su alma y su fisiología, es una pirámide.

* * *

¿Comprendo yo tu verdad? ¿Sí? Pues es el más seguro síntoma de que no existes.

* * *

[El gran mito único —Dios— desaparece para dar lugar al alma individualista de los hombres.]

* * *

Hay quien pide luz sobre las relaciones entre el alma y la fisiología, entre el espíritu y la biología, entre la intimidad y la expansión. Ninguna, señores, ninguna. Tampoco hay luchas entre ambas fuerzas. Todo lo demás que se diga sobre esto son razones de confesionario.

* * *

Nada de triunfos del pensamiento en la política, en los negocios, en el amor.

* * *

No comprendo la existencia de tantos filósofos como en el mundo han sido. Siempre con el pedantesco deseo de dar a los demás una verdad. Habría que discutir la medida del

Cínico: «Si fuera gobernante, expulsaría de mi país a los filósofos».

* * *

Dice Voltaire en su «Dictionnaire philosophique», al tratar del alma: «Ces questions paraissent sublimes: que sont-elles? Des questions d'aveugles qui dissent á d'autres aveugles: Qu'est-ce que la lumière?». Tenía muchísima razón Voltaire. Estas palabras pueden escribirse hoy y pondrán escribirse dentro de unos siglos. El alma, el alma. ¿Por qué esto, y no «mi alma, mi alma»?

* * *

Urge que el hombre se encuentre a sí mismo.

* * *

La psicología es una engañifa, con la que quizá se desea subordinar el alma a la fisiología. En efecto: hay «una manera» de los biliosos. Hay también «una manera» de los estómagos dolientes.

* * *

Yo conozco la psicología de las piedras.

* * *

Heme aquí envuelto en un mismo final que el que ha vislumbrado algún pensador español de nuestra época: Sí, fracaso del racionalismo; decrepitud en las ideas religiosas.

Lo curioso es que ese pensador a que aludo dice que ésas fueron verdades en otro tiempo. Pero que nuestra época las rechaza.

Por todos los caminos se va a Roma. Pero los buenos viajeros gustan tanto o más las emociones del trayecto que la cosa final. Y hasta es posible que después no sea Roma la misma para el que llegó a ella por Oriente que para el que llegó por Occidente.

Todo el pensamiento del pasado es una lucha enconada, a veces terrible, entre lo que «somos» y lo que «queremos ser», o más bien, entre la realidad grosera de todos y nuestro espíritu, entre lo instintivo —«espontáneo», dice ese pensador aludido— y lo cultural.

La cultura es sólo ansia de «otra cosa». Las ansias, los anhelos son excitaciones que se producen en torno a «algo superior». Ese «algo superior» es el espíritu, lo que yo llamo «alma individualista». Y todos sabemos, porque lo demuestran las experiencias más vulgares, que el anhelo conseguido es placer inferior al anhelo «en sí».

Esto quiere decir que los anhelos se producen en un lugar superior, que desdeña después, o lo entrega a la fisiología, el placer de gustar los resultados conseguidos.

Bien; hagamos que la cultura se vitalice. Pero ¿qué se hace del foco productor de cultura? Por eso dije que por todos los caminos se iba a Roma.

Hay dos maneras de que dos cosas lejanas se encuentren: La de que ambas se muevan hacia sí, o la de que si una permanece estática, la otra supla este inconveniente avanzando hasta encontrar a la primera. Si queremos armonizar, fusionar, lo instintivo —«lo espontáneo»— con lo cultural, es necesario que aquello avance hacia esto, que realice la gran distancia. Y esto me parece que no es posible. Para ascender a una muy alta cumbre se requieren miembros ágiles.

No obstante, estamos de acuerdo con ese pensador en que es preciso que nuevas ideas encuentren la armonía necesaria para subsistir íntegras —superadas también— la vida y la cultura.

Esto puede conseguirse fusionando lo instintivo y lo cultural o apartándolos de forma que se hagan inaccesibles. Por ambos medios se extingue un error, pero cada uno de ellos construye «verdades diferentes».

Si en un matrimonio surgen discrepancias, de tal magnitud que los esposos lleguen a los insultos de obra convirtiendo el tálamo en un campo de batalla, los árbitros que se propongan resolver el conflicto podrán optar por dos soluciones: una, el divorcio, esto es, la separación; otra, vencer los obstáculos que se oponen a que los esposos convivan pacíficamente. Para esto último es imprescindible que uno u otro renuncien a lo que antes consideraban «sus derechos».

Cualquiera de estas dos soluciones terminará con el escándalo. Pero en su esencia íntima, en lo que atañe más a lo profundo que a lo externo, son completamente distintas.

* * *

Hablar de «almas individualistas» no quiere decir que en cada individuo exista una.

* * *

Yo digo: Es preciso que nadie me entienda para que yo sea lo que quiero ser.

* * *

[Querer ser Dios es poco. Hay que querer ser «algo más».]

* * *

El alma individualista no excluye a la cultura. ¡Oh! Mi hija predilecta, la cultura. Siento por ella gran amor. Y la cultura debe circular, debe circular...

Quiero imaginar dos grandes depósitos de agua, mejor aún, varios, muchos depósitos de agua. A todos los une una especie de canalillo. La física más elemental nos habla de vasos comunicantes y de la ley que los preside. Pero ¿y si en el fondo de cada depósito se producen «inquietudes»? ¡Oh, la cultura! Sin embargo, por el canalillo no circula más que agua. Grandes cosas quedan en los depósitos porque no pueden circular por el canalillo.

* * *

[Se dice que Dios creó al hombre y a todo lo que nos rodea. ¿No pudiera ser al contrario?]

* * *

Hay quien ni es ni quiere ser nada.

* * *

Hay también quien no es y, aunque en vano, se esfuerza por ser. Ambos indeseables.

* * *

Hay quien no es y lucha por implantar ese «no ser».

Este no es indeseable: es odioso.

* * *

[Gran golpe el que el racionalismo asestó a la religión. Pero el golpe de gracia, el definitivo, va a ser ahora con el puro individualismo de las almas nuevas.

Decidme si es tolerable que en el siglo XX le hablan a uno de «cosas mágicas» y de rebaños llorones.]

* * *

El «alma individualista» es posesión de un recurso, es construcción de una intimidad inaccesible. Después de esto, la socialización de las fisiologías.

* * *

[¿Intensa vida espiritual-cultural la del asceta, la del místico que se embriaga de tontería solemne? No veo yo aquí el espíritu ni la cultura. Hablemos más bien de primitivismo deplorable. Nuestro padre Adán fue sin duda un místico]

* * *

Yo estoy dispuesto a aceptar que todo aquel a quien la cultura le impide «vivir» es un imbécil. Carece de alma individualista, de continente para la sublimidad. Su cultura es sólo contenido. Su alma es un deposito en el que tiene cabida todo cuanto buenamente llega a él.

Este hombre es un parásito que gusta de mirar a las estrellas.

* * *

No tiene nada de extraño que el ímpetu vital se alce hoy reclamando la atención de los buenos. El racionalismo no se acordaba de él creyendo que podría anularlo, esto es, sustituirlo. ¡Gran utopía! El sentir religioso no quería oír hablar de la «vida». ¿Qué hacer? Las normas puras del racionalismo fracasaron, porque evidentemente el ímpetu vital es insustituible, tiene su función genuina entre nosotros. Esto es: una cosa es la inteligencia y otra cosa es «la vida». Querer aplicar a ésta las verdades de aquélla es la utopía del racionalismo. Pero hay en éste siquiera un error espléndido. El fracaso del racionalismo es un magnífico fracaso.

* * *

[No sucede así con el sentir religioso. Este se propuso anular «la vida». Un enfermizo anhelo espiritual le hizo ver que «la vida» no es mas que un tránsito. Hasta llegaron a señalar disciplinas con que flagelarse, y el cilicio es en ellos una especie de atributo. El fracaso de las religiones pertenece al género de los fracasos por explosión.

Los supervivientes odian la fuerza fracasada, porque, en efecto, pueden considerarse salvados de un peligro]

* * *

El fracaso del «sentir religioso» nos hace respirar con fuerza, como si de pronto se deshiciera la atmósfera corrompida en que antes vivíamos. Es de esos fracasos cuyo solo recuerdo produce mal sabor de boca.

* * *

Me parece que el hombre no tiene motivos para procurar la anulación del ímpetu vital. Menos, claro es, está obligado a erigir éste en la cúspide de todos sus anhelos. El fin del hombre no es sólo vivir plenamente su ímpetu vital. Lo contrario sería hacer oposiciones a una calificación poco honrosa. Porque el hombre no es sólo un animal superior. Además de su animalidad pura posee un «algo» de donde puede y debe nacer un alma individualista. Fuera de esta posibilidad de construirse un alma individualista, el hombre, no nos hagamos ilusiones, es un animal vulgar. De si es superior o inferior a otros animales, es cosa que podremos saber cuando se haya penetrado en las interioridades de éstos.

Y para vivir plenamente «la vida» instintiva —la vida «espontánea»— me parece que no es necesaria la cultura. Y el viceversa me parece que es otra verdad, si bien algo más elevada.

* * *

El que aprecia una cosa que posee bien sabe que a los hombres que no la poseen les falta algo muy importante. Sin embargo, éstos bien no pueden darse cuenta de que les falta nada. El hombre de fingida normalidad, esto es, el que carece de alma individualista, aunque no lo parezca, no vive plenamente la vida, sí «la vida».

De todo esto se obtiene que el desarrollo íntimo del hombre, la adquisición de cultura, el vigor de su alma individualista no requieren la mengua de la vida espontánea, de la vida animal. La palabra de la época —y del mañana, claro está— es *Distanciación*. Todas las nuevas ideas han de partir de esa necesidad.

Aquí del hombre y del hombre superior. El hombre es un sustantivo de idéntico valor al de tigre, pez, caballo, etc., etc. Si nos fijamos bien veremos que es una impropiedad llamar al hombre «animal superior» o «animal racional». El hombre no es esto: es un animal vulgar, que se encuentra por cima de otros animales, no por su alma individualista o por su cultura o capacidad de ella, sino por la misma regla de tres que resolvemos al decir que el lobo es superior a la hormiga, el galgo a la liebre, etc., etc.

Pero el hombre también piensa, y es ingenuidad creer que piensa porque es hombre. De aquí emana el gran error de todos los siglos. Se ha creído que el hombre podía asimilar su hombría, su animalidad, a la «razón pura», y el «cogito ergo sum», de Descartes, implicaba existencia de hombría a la par que de «ser pensante». Y nadie se escandalice si digo que para vivir «la vida» no es necesario pensar. Pensar es producir pensamiento. Y si los hombres al vivir «la vida» piensan, hay que creer a los demás animales productores de pensamiento, y poner alma, cultura y esencia inmortal en el caballo, tigre o el perro. Me parece que todo esto es un absurdo. El hombre no es un ser pensante, es un ser que tiene consigo una cosa extraña a él, que piensa. Los hombres que no tienen esa cosa extraña, o no saben desarrollarla o no pueden, son sólo hombres, viven formando parte de un mundo físico, no poseen mundo interior, no piensan, en una palabra.

Pero hay que afirmar que todo lo que pretenda la anulación del hombre no es normalidad espiritual, es teoría suicida. No existen obstáculos para que el hombre sea hombre en toda la extensión animal del vocablo.

¿Poner la cultura, la cualidad sublime, el pensamiento al servicio de «la vida»? Nunca. No es necesario. «La vida» no necesita nada del pensamiento. Creer otra cosa es gran error. Y cuando un espíritu selecto lo pretenda, es de suponer que concibe una utopía. Porque concibe una vida cuya existencia es imposible. Si a un hombre de negocios le exigís que obre por ideas, esto es, que obtenga de sus actos pensamientos, os dirá que no soñéis, que la cultura, la producción de las ideas no tiene que ver nada con sus negocios. Y tiene mucha razón. Su fin, al obrar —véase que hago depender las ideas de sus actos—, es producir dinero, y no veo yo que el producir dinero sea idea, esto es, que la cultura no la necesita el hombre de negocios para producir dinero. Porque supongo que el lector sabrá a lo que llamo yo cultura. Al mismo nivel cultural está un campesino iletrado que el director de una Sociedad Anónima millonaria. Claro que puede suceder que este director, además de hombre-director, posea una gran cultura, pero no porque la necesite su cargo.

Poner, pues, el pensamiento al servicio de «la vida», o crear una vida en que la cultura se case con el hombre son dos errores. El primero es error por tontería. El segundo, por utopía.

Hasta aquí, o sea en los siglos pasados, desde la filosofía griega al último destello positivista, todo ha sido lucha entre el hombre y la cultura; unas veces, por anhelo de

predominio de la cultura; otras, las menos, por adaptación, y otras, el sentir religioso, por introducciones de los mitos, que sustitúan a la cultura en sus batallas contra el hombre.

El hombre superior ha sido siempre muy demócrata, con lo que quiero decir que no ha vacilado en poner en cada uno de sus hermanos, en cada uno de los animales de su especie, un alma individualista, un germen de cultura. Por eso se ha admitido siempre que el carácter, los afectos, o sea la capacidad estimativa, la ciencia aplicada, las actividades políticas son síntomas de la existencia de un alma, de un germen de cultura. Y no hay tal. Todas esas cualidades que he citado me parecen atributos genuinos del hombre, naturales consecuencias de un instinto de conservación. Una cosa es instinto de conservación y otra es anhelo, deseo pensado, no instinto, de inmortalidad. El hombre como tal hombre desea conservarse. El hombre completo, poseedor de alma individualista y de cultura, desea inmortalizarse, eternizarse, vivir siempre. Y querer vivir siempre es muy distinto a no querer morir nunca.

Todo esto hay que examinarlo un poco más: Primero quiero que se me oiga proclamar que yo no deseo anular al hombre, sino al contrario, anhelo que todos se conviertan en hombres «pura sangre», y que desarrollen el mayor exponente de vida física, que sientan el orgullo de ser un animal fuerte, el más fuerte, de la Zoología. Y afirmo que para esto no se requiere ni una parte ínfima de cultura, no es necesario ni poseer ni poner en tensión el alma individualista.

Veamos: El hombre posee un carácter, que le sirve para reaccionar en presencia de algo inesperado o para adoptar una solución en momentos decisivos. Nadie negará carácter a un irracional. Todos los animales tienen un bien definido carácter.

Afectos o capacidad estimativa. Esta es una cualidad puramente animal. Si el hombre la posee en mayor grado que otros animales es cosa que no desmiente la afirmación.

Ciencia aplicada. La ciencia aplicada suple en el hombre algunas deficiencias orgánicas¹⁴. Es como un suplemento, pero en modo alguno cualidad anímica. La ciencia aplicada es instinto, es, más bien, lo que podemos llamar habilidad. Que para transportar víveres el hombre se valga de trenes y la hormiga de su cuerpo es una prueba de nuestra fuerza sobre la hormiga, pero nada más. También un león es más fuerte que ella.

La política. Esta, de ser ciencia, es una ciencia aplicada. El hombre sabe que para subsistir, para desarrollar sus plenas actividades físicas, si quiere el mantenimiento del orden, necesita un gobierno. Los hombres que forman ese gobierno o aspiran a formarlo se llaman políticos. Al gobernar, hacen política. La política es hija del instinto de conservación. En efecto, sólo algún hombre enfermo puede concebir la anarquía como buena receta para conservarse. Niego que el político necesite ideas para gobernar. Las ideas en la política son «cosa biológica».

Amar. No sé por qué el hombre posee el prurito de mezclar el alma en estas funciones. Etc. Etc. Estos etcéteras significan otros tantos hechos a los que el hombre atribuye un carácter más o menos espiritual, cuando los podemos observar en cualquier especie zoológica.

¿Quiere todo esto decir que debemos desdeñar el carácter, los efectos o capacidad estimativa, la ciencia aplicada, las actividades políticas, el amor y etcéteras usuales? No. Lo que queremos decir es que todas esas funciones tienen en el mundo de lo irracional paralelajes íntimos, correspondencias bien precisas. Y nos importa mucho señalarlo para que nuestro boceto de teoría sobre la Distanciación se comprenda debidamente.

El hombre que posee alma individualista, esto es, capacidad cultural, no puede conformarse con ser un hombre «pura sangre». Al llegar aquí, y acordarme de los devaneos razonales de Kant, me entran ganas de romper con estos seres pensantes que, teniendo en

¹⁴ Si el hombre pudiera transportarse con rapidez de un lugar a otro, no necesitaría el automóvil.

las manos un gran alma, se ocupaban de comprender cosas inferiores. Bien es verdad que Kant fue un gran Yo, y vio muchas más cosas de las que expuso en sus críticas. Si Kant se hubiera desembarazado del racionalismo y se hubiera cuidado de decirnos lo que «presentía», el mundo Kantiano sería infinito. Aquí de los atrevimientos de Fichte y su gran Yo ideal. Pero sigamos:

Dije que el hombre que posea sobre-hombría no puede conformarse con ser un «pura sangre». Y un carácter, una gran capacidad estimativa, una gran habilidad científica, un gran sentido político, un gran «amateur», no pasan de ser síntomas de «pura sangre»¹⁵. Ahora, ¿en qué consiste «lo otro»? Lo otro es la cultura, el alma individualista, la sobre-hombría. La razón, el presentir y la poesía son los atributos del alma individualista.

La razón no defrauda, no puede defraudar nunca. Pero nuestra intimidad debe considerar a la razón como a un guía al que es necesario dejar cuando llegamos a un «cierto sitio». Las verdades de la razón son verdades de muchos. Diríase a la razón madre indirecta de la cultura, y en este caso, siguiendo el símil de los depósitos de agua, produciría las inquietudes. Pero hay algo por cima de la razón y de la cultura, y es la verdad íntima, nuestro presentir, dando a este verbo una significación intuitiva. La razón resuelve problemas, no «nuestros problemas». A veces, esas intuiciones las percibe un Yo extranjero. Hasta ahora, Goethe y Nietzsche me parecen los más grandes focos de intuiciones. Considero imposible que se lleguen a comprender algún día las verdades íntimas de estos dos colosos.

El mundo de la intuición, que es el más grande por ser el más íntimo, está vedado a los racionalistas, a no ser que se despojen de sus vestiduras, que en este caso son cadenas.

No pretendo, ni mucho menos, exponer aquí toda una filosofía. Ni es éste el lugar ni yo quiero que lo sea. Lo que sí hago es afirmar, frente a la época, mi posición ideológica. Exponer que considero el reconocimiento de dos fuerzas en nosotros —con genuinas funciones y distintas finalidades ambas— como la única base posible para las fecundaciones del porvenir.

Todo el pensamiento moderno —y el futuro— ha de girar sobre una palabra: DISTANCIACIÓN. Después de esto, vendrán los mundos íntimos, y, como dije antes, la socialización de las fisiologías.

* * *

¹⁵ En el hombre la perfección física no se rige por los mismos cánones que la del caballo.